

Antología

Orlando Fals Borda

Colección **OBRA SELECTA**



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

VICERRECTORÍA ACADÉMICA
EDITORIAL

Antología
Orlando Fals Borda

Antología
Orlando Fals Borda

© Universidad Nacional de Colombia
© Editorial Universidad Nacional de Colombia
© Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri)
© Orlando Fals Borda (1925-2008)
© Herederos de Orlando Fals Borda

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Director
Luis Ignacio Aguilar Zambrano

Comité editorial

Gustavo Zalamea Traba, profesor Facultad de Artes, sede Bogotá
Julián García González, director sede Orinoquia
Luis Eugenio Andrade Pérez, profesor Facultad de Ciencias, sede Bogotá
Luis Ignacio Aguilar Zambrano, director Editorial Universidad Nacional de Colombia

Primera edición, 2010

ISBN 978-958-719-363-3

ISBNe 978-958-761-810-5

Diseño de la Colección Obra Selecta

Marco Aurelio Cárdenas, profesor Facultad de Artes, sede Bogotá

Edición

Editorial Universidad Nacional de Colombia
direditorial@unal.edu.co
www.editorial.unal.edu.co

Bogotá, 2010

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Fals Borda, Orlando, 1925-2008
Antología / Orlando Fals Borda ; prefacio José María Rojas Guerra. – Bogotá :
Universidad Nacional de Colombia, 2010
liv 388 p. : il. – (Colección obra selecta)

1. Sociología rural – Colombia - Colecciones de escritos 2. Desarrollo de la comunidad
- Colecciones de escritos 3. Colombia - Condiciones rurales - Colecciones de escritos
I. Tít. II. Serie

CDD-21 307.72 / 2010

Contenido

Prefacio

Sobre la fundación de la sociología en Colombia	ix
---	----

Primera parte 1950-1970

Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia central	1
Los orígenes del problema de la tierra en Chocontá	13
Costos de producción agrícola en un minifundio: trigo y ajo	25
El problema de la tierra visto a través de los linderos de un resguardo indígena	37
Prólogo. La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social	47
El vínculo con la tierra y su evolución en el departamento de Nariño	53
La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia	65
La reforma agraria	93
Revoluciones inconclusas en la América Latina	105

Segunda parte 1970-1990

El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia	123
Prólogo. Cooperación, reformismo y crisis	139
Influencia del vecindario pobre colonial en las relaciones de producción de la costa atlántica colombiana	147
Negación y promesa de la sociología	169
La ciencia y el pueblo, nuevas reflexiones sobre la investigación-acción	179
Post scriptum	201
La investigación-acción participativa: política y epistemología	205
Por un conocimiento vivencial	215
Comentarios a la mesa redonda sobre la <i>Historia doble de la costa</i>	227
Prólogo. Siguiendo el corte.	237

Tercera parte	
1991-2008	
Informe-ponencia sobre pueblos indígenas y grupos étnicos	245
La accidentada marcha hacia la democracia participativa en Colombia	255
El reordenamiento territorial: itinerario de una idea	273
Siete peligros por el territorio nacional: necesidad y urgencia de la ley territorial en Colombia	283
Grietas de la democracia. La participación popular en Colombia	295
<i>Kaziyadu</i> : reciente despertar del ordenamiento territorial	307
Cuarenta años de sociología en Colombia: problemas y proyecciones	315
Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia	325
La ilegitimidad del régimen. Reparición de un viejo fantasma	337
Entre los países: reconociendo su misión en la historia	341
Los problemas contemporáneos en la aplicación de la sociología al trabajar en la investigación-acción participativa (IAP)	353
La Investigación-Acción en convergencias disciplinarias	359
Índice onomástico	369
Índice temático	375

Prefacio

Sobre la fundación de la sociología en Colombia

Por: José María Rojas Guerra,
Cali, noviembre de 2009

Los fundamentos científicos de la Sociología en Colombia fueron contruidos por Orlando Fals Borda en el transcurso de una década, desde 1949 –cuando a finales de ese año tomó la decisión¹ de realizar una investigación sociológica en el vecindario de Saucio– hasta 1959 cuando escribe la monografía *La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia*. Simultáneamente era director del Departamento de Sociología, anexo a la Facultad de Economía de la Universidad Nacional de Colombia, y director general del Ministerio de Agricultura. Ocurrió entonces que, al mismo tiempo con la institucionalización de la Sociología en un programa académico, también el vecindario como –unidad social básica de articulación de la población al territorio de la nación, unidad que había sido estudiada en profundidad por Fals Borda en Saucio–, fue legitimado e institucionalizado como referente de la gestión de Estado al emitir el gobierno en ese año de 1959, por iniciativa del joven sociólogo, el Decreto 1427 *que sienta las bases para una campaña de acción comunal de amplitud nacional* (1960, p. 95).

De este modo, la fundación de la Sociología en Colombia no discurrió meramente como un hecho académico, sino también como un hecho político de largo impacto, que se proyecta hasta la actualidad en la existencia de las juntas de Acción Comunal. Para decirlo en términos metodológicos, la fundación de la Sociología en Colombia discurrió tanto en el nivel de la teoría como en el nivel de la práctica. Y en lo que respecta a su protagonista principal, a Orlando Fals Borda, estos apremios entre la teoría y la práctica

1 Aprovechando la coyuntura de haber obtenido un empleo de adjunto del director en la empresa Winston Brothers Company, que construía la represa del Sisga muy cerca del vecindario de Saucio en el municipio de Chocontá, el joven Orlando Fals Borda (contaba 24 años), egresado con un Bachelor of Arts de la Universidad de Dubuque en Iowa en 1947, estableció contactos con trabajadores de la empresa, residentes en Saucio, y les expresó su interés por hacer un estudio de esa localidad, a título personal, puesto que no representaba a ninguna institución pública ni privada. En marzo de 1950 el joven costeño ya estaba instalado en la casa campesina de uno de sus amigos trabajadores y procedió a hacer el trabajo de campo de la manera más clásica, como un etnógrafo profesional.

no fueron un mero hecho coyuntural o iniciático, sino que le acompañaron a lo largo de sus casi sesenta años de vida intelectual.

En sus primeros trabajos², fundadores de una sociología científica en Colombia, se puede constatar que no le reconocía al mundo académico el privilegio de ser el depositario exclusivo del desarrollo de la ciencia. Más aún, afirmaba que la construcción del conocimiento científico tendría que hacerse mediante la investigación empírica de nuestra realidad y que ese conocimiento sería portador de una finalidad (un telos, diría posteriormente) con respecto al sentido de las transformaciones de esa misma realidad. Ciertamente, al fundador de la Sociología científica en Colombia, la academia le deparó grandes satisfacciones, pero también grandes desencantos.

En esta exploración general sobre el conjunto de su obra me interesa proponer y sostener algunas tesis que permitirían explicar por qué en ese ir y venir entre el mundo académico y el de la sociabilidad cotidiana, principalmente con los campesinos, Orlando Fals Borda llegó a formular un concepto de ciencia que denominó **popular** y un método de investigación que se conoce como Investigación Acción Participativa, IAP. Si se tiene en cuenta que su formación académica discurrió en los dominios conceptuales de la sociología norteamericana y que la irrupción del marxismo en el mundo académico a finales de la década de los sesenta se caracterizó por su formalización dogmática, ¿de qué modo esos dogmas, el que declara a la Sociología como ciencia burguesa, pudo incidir en la construcción de esa ciencia popular y de la IAP? Si la gran mayoría de los marxistas académicos terminaron siendo reaccionarios, ¿cómo explicar el radicalismo político de Orlando Fals Borda, siempre *in crescendo*?

Me propongo argumentar a partir de su obra escrita que antes que grandes *rupturas* epistemológicas e ideológicas, las contribuciones de este autor al conocimiento científico de nuestra realidad social son claramente ilustrativas de la metáfora que se utiliza para representar la dialéctica: la espiral, o la circularidad siempre abierta, que nunca se cierra. Conceptos como vecindario, *ethos*, utopía, telos, región, comunidad, autonomía, transición, que se encuentran en sus primeros escritos, elaborados en el marco de la investigación empírica sobre los campesinos del altiplano cundiboyacense en la primera mitad de la década de los cincuenta, vuelven a aparecer con renovados contenidos y finalidades prácticas (políticas) en la segunda mitad de la década de los noventa. ¿Por qué ocurrió esto? ¿Tuvo algo que ver el reencuentro con la academia, con los paradigmas teóricos que ella promueve? ¿O fue el preámbulo de su segundo retiro del mundo académico?

2 En la presente edición se incluye una monografía y algunos textos cortos que fueron publicados al lado de sus dos grandes libros (*Campesinos de los Andes* y *El hombre y la Tierra en Boyacá*), los cuales tienen como fundamento empírico e histórico la investigación realizada sobre el vecindario de Saucio y los municipios de Boyacá entre 1949 y 1955.

Lo decisivo no está en la respuesta que se pueda dar a este tipo de interrogantes, sino en la permanencia o persistencia en el desempeño de su rol de científico, de investigador social que no dogmatiza los conceptos, que no cierra el círculo y que, por consiguiente, se niega a ser un hombre de doctrina. Para el hombre de ciencia la teoría tiene que ser un instrumento siempre imperfecto, siempre inconcluso. La teoría se trasmuta en doctrina cuando se la asume en sí misma, en su sistematicidad y coherencia interna, en su perfectibilidad racional y se la enseña en forma magistral. Cuando no se investiga empíricamente, la academia corre irremediablemente el riesgo de convertir la teoría en doctrina. Quien entiende esto puede entender conceptos que parecen esotéricos, como *sentipensante*, un concepto que inventó Orlando Fals Borda al final de su vida, el cual hunde sus raíces en el concepto de *grupo de referencia*. Aunque este concepto fue formulado por la sociología norteamericana, le sirvió, a finales de la década de los sesenta para plantear que Latinoamérica necesitaba una *ciencia propia* y que se tenía que luchar contra el *colonialismo intelectual*³.

Fueron los campesinos su grupo de referencia. Pero no los campesinos como categoría abstracta⁴ o como mero concepto *sociológico* para la reflexión y análisis, sino los campesinos realmente existentes, con quienes compartió intensamente parte de su vida; primero, los campesinos del vecindario de Saucío y de los municipios del altiplano boyacense entre 1949 y 1955; más tarde, a partir de 1971 y durante casi toda esa década, los campesinos de los valles del Sinú, el San Jorge y la depresión momposina, con quienes compartió sus luchas y escribió su historia. Fue entonces con estos grupos de campesinos, andinos y costeños, altamente representativos del campesinado colombiano, con quienes construyó lo fundamental de su obra sociológica.

Como en todo ejercicio que se proponga aventurar alguna interpretación sobre el cómo y el por qué de la obra de un autor, es preciso distinguir y proponer etapas, o fases, o periodos de desarrollo, he creído apropiado, considerando los grupos campesinos de referencia, establecer dos periodos: uno que va de los campesinos de Saucío a la subversión del orden social en Colombia y otro que va de las luchas por la tierra con los campesinos costeños a la utopía de un socialismo raizal.

3 *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México, Nuestro Tiempo, 1970.

4 No se toma aquí esta expresión en un sentido peyorativo. Lo que se quiere señalar es que los campesinos aparecen bajo la forma, por ejemplo, de estadísticas relativas a la tenencia de la tierra, la producción agrícola, los ingresos, el crédito, la tecnología, etc., en estudios sobre la *cuestión* agraria o el *problema* agrario, elaborados por destacados historiadores y economistas (Kalmanovitz, Arrubla, Palacios, Bejarano, por ejemplo), cuyo interés teórico y político estaba centrado en los avatares del desarrollo del capitalismo en Colombia y los investigadores no sienten la necesidad de conocer a un campesino de carne y hueso. Por el contrario, la Sociología que funda Orlando Fals Borda en Colombia parte de esta necesidad. Aquí podríamos decir que reside uno de los rasgos esenciales entre el *oficio* del sociólogo y lo que hacen economistas e historiadores. No haber entendido esto llevó a que un número considerable de sociólogos, o mejor, para obtener el título de sociólogos, hicieran un tipo de investigación (¡los que la hicieron!) que es propia de economistas y de historiadores.

De los campesinos de Saucío a la subversión en Colombia

Tal vez lo primero sea hacer algunas precisiones sobre las particularidades y los alcances del estudio fundacional de una sociología científica en Colombia: la investigación cuyo trabajo de campo inició Orlando Fals Borda en diciembre de 1959 en la vereda de Saucío, municipio de Chocontá, departamento de Cundinamarca.

En 1953 cuando estaba concluyendo la redacción del análisis sobre la diversa y voluminosa información levantada en fuentes primarias y secundarias, afirmó:

Hasta ahora la sociología no ha salido en escala apreciable fuera de las aulas universitarias, ni se ha dirigido hacia la observación y la medición directa de los fenómenos sociales sobre el terreno (1961, p. 307).

Ocurre que, en efecto, con el estudio sobre el vecindario de Saucío, Fals Borda introduce el *trabajo de campo* en el oficio de la Sociología en Colombia.

El trabajo de campo

La realización del trabajo de campo la llevó a cabo, a la manera clásica de los etnógrafos, instalándose a vivir en la casa de una de las familias de la vereda de Saucío. Muy pronto se dio cuenta de que estaba viviendo en un *vecindario*. Esta fue la primera formulación sociológica de su “objeto” de estudio. Participando de la vida cotidiana de estos campesinos, pudo establecer, desde luego sobre la base de las opiniones de los mismos campesinos, que el vecindario constaba estadísticamente de 77 familias. Conocedor del estudio del profesor T. Lynn Smith sobre Tabio⁵, *la única investigación en que se habían empleado formularios sociológicos en Colombia* (1961, p. 309), decidió aplicar dicho formulario (diseñado para registrar información demográfica, económica y sociocultural de los hogares), teniendo en cuenta las analogías culturales entre Tabio y Saucío, puesto que *ambas son comunidades andinas con los mismos antecedentes hispano-chibchas* (ibíd.).

Pero la aplicación del formulario no fue lo fundamental de su trabajo de campo. Los registros pormenorizados de entrevistas dirigidas y abiertas, así como de las observaciones participativas en sus diarios de campo⁶,

5 El profesor T. Lynn Smith de la Universidad de Florida, figura destacada de la sociología rural norteamericana, fue el maestro y mentor de Orlando Fals Borda. Con la participación de J. Díaz y L. R. García, el profesor T. Lynn Smith publicó el estudio *Tabio: A Study in Rural Organization*. Washington, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, 1945. En septiembre de 1959 en la serie Monografías Sociológicas (nº 3), la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional publicó el trabajo *Sociología Rural: La comunidad y la reforma agraria* del profesor Smith, quien ya había publicado varios artículos sobre Colombia en la revista *Rural Sociology*.

6 *Las notas de campo fueron clasificadas bajo los siguientes encabezamientos: Clima, Transporte, Ecología, Flora y Fauna, Vivienda, Muebles y Utensilios domésticos, Economía*

constituyen una riqueza informativa sobre una diversidad de materias que ponen de relieve la complejidad de la vida campesina, a pesar de su aparente simplicidad. Y como lo haría un etnólogo contemporáneo, elaboró un diccionario de frases y de palabras utilizadas por los campesinos para expresar pensamientos y sentimientos y para nombrar objetos y seres de la naturaleza. De este modo, aunque sin borrar su acento costeño, se pudo comunicar con los campesinos en un lenguaje común, lenguaje que no hablaban los hacendados ni la gente culta por considerarlo vulgar, y que Fals Borda va a descubrir posteriormente (en esa descomunal incursión por los archivos y los cronistas de Indias), con gran satisfacción, que estos campesinos hablan el castellano de Cervantes, el castellano del siglo de oro español. Más aún, no duda en afirmar: "...escuchar a los campesinos de Saucío es como leer páginas de Oviedo, Cervantes o Calderón" (1961, p. 219).

Fals Borda resalta cómo lo más clásico del dominante español, el castellano, mezclado con palabras chibchas y quechuas se conserva en lo más popular de la sociedad colombiana: el lenguaje de los campesinos del vecindario de Saucío. Pero la conservación del lenguaje, como ocurre también con el vestido⁷, son la expresión cultural de la dominación que las elites colonial y republicana han mantenido sobre los indios y los campesinos, respectivamente.

También hizo, en el desarrollo del trabajo de campo, colecciones de hojas, flores y semillas de plantas de uso común entre los campesinos. Llevó ejemplares de papa, maíz, trigo, cebada y ajo, afectadas por enfermedades, a la Universidad de Minnesota, donde fueron analizados por fitopatólogos. Desde luego, consideró este tipo de conocimientos agronómicos parte del conocimiento de la realidad de la producción agraria campesina, para poder discutir con los campesinos sobre el manejo que estos hacían de cada tipo de cultivo. Comprendió que los saucitas practicaban una agricultura intensiva en sus pequeñísimas parcelas y que las técnicas utilizadas formaban parte de su experiencia histórico-cultural, sobre lo cual tendría que ilustrarse estudiando el pasado histórico de esta población. Para el sociólogo las evidencias del presente contienen los enigmas del pasado, que es preciso investigar si se quiere comprender la realidad social que se está estudiando.

doméstica, Propiedad, Ocupaciones hogareñas, Industria, Agricultura, Herramientas, Cría de animales, Medidas de peso y distancia, Características somáticas, Atavío, Salud y enfermedades, Alimentación, Educación, Religión y creencias populares, Música y baile, Deportes y recreación, y Psicología social y costumbres (1961, p. 310).

7 Incluimos en esta edición el primer texto conocido que el autor publicó a partir de sus notas del trabajo de campo y de la lectura de los cronistas (Aguado y Castellanos) y de los especialistas sobre la historia de los chibchas. Se trata del artículo *Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia Central*, publicado en la *Revista Colombiana de Folklore* del Instituto Colombiano de Antropología en junio de 1953 (Segunda Época, n.º 2, pp. 139-147). En este texto se pone en evidencia el talento del joven sociólogo para documentar sus argumentos y rebatir afirmaciones de tratadistas, que parecen obvias e indiscutibles; por ejemplo, la que afirma que la ruana campesina tiene su origen en la manta chibcha. Fals Borda argumenta que la ruana tiene muy probablemente su origen en los indios Mapuche-Huilliche de Chile.

Tampoco escaparon a este acucioso observador participante las celebraciones festivas de los saucitas en la cabecera municipal de Chocontá, en los hogares y en las tiendas del vecindario. Descubrió que las tiendas ocupaban un lugar estratégico en la configuración del vecindario. En estas no solamente se llevan a cabo relaciones de mercado, sino que son también centros de sociabilidad y de reconocimiento de la pertenencia al vecindario. En las tiendas se practica el deporte del tejo, se realizan con frecuencia las famosas “tomatas”⁸ (verdaderas competencias báquicas), se canta y se baila. El joven sociólogo no solamente sabía leer la notación musical, sino que era capaz de transcribir en el papel la música que escuchaba: “A veces estuve en condiciones de copiar la música cantada o tocada por los campesinos, y también de registrar la letra de las coplas que cantaban” (1961, p. 310).

Efectivamente, en el capítulo 12 del libro *Campesinos de los Andes*⁹, hace uso de la información registrada *in situ* y sustenta la tesis, controvirtiendo la opinión en contrario de eruditos, acerca del origen que tendrían, en la música popular española de los siglos XV y XVI, los ritmos campesinos del bambuco, el torbellino, la guabina y el tres, que él escuchó cantar y tocar a los campesinos de Saucío.

Como se ha anotado, la investigación sociológica del vecindario de Saucío no se limitó al formidable trabajo de campo ya esbozado, sino que llevó a su autor a incursionar en el acontecer de más de 400 años, hasta la situación de preconquista de los chibchas. ¿Por qué ocurrió esto? El mismo autor nos da las pistas al respecto: En primer lugar, “Saucío fue estudiado sin ánimo de poner a prueba teorías concretas” (1961, p. xx). Pero no se afirma aquí ni un empirismo vulgar ni un desprecio por la teoría. Orlando Fals Borda se tuvo que enfrentar, diríamos hoy, a la totalidad de lo real, porque no había investigaciones sociológicas fundamentales, de modo que se pudiera investigar en determinada dirección, hacia una especificidad, hacia una particularidad. El mismo autor afirma que el enfoque sociológico de su investigación es un tanto comtiano: “es decir, que comprendió la investigación de una amplia gama de aspectos sociales, desde la medicina y la horticultura hasta la música y la lingüística” (ibíd.).

Ahora bien, como todo investigador lo sabe, al pretender abarcar la totalidad, es muy probable naufragar en ella; lo que no ocurrió con nuestro autor. ¿Por qué? Porque, como lo dice él mismo: “Saucío no podía comprenderse plenamente limitándose a utilizar un enfoque de corte

8 No lo dejó consignado en sus escritos publicados, pero si alguna dificultad tuvo en desempeñarse como observador participante fue en la realización de las “tomatas”, pues Orlando Fals Borda fue un abstemio durante toda su vida.

9 La primera edición de este libro, que constituye la forma más elaborada del texto que recoge el análisis en la investigación sobre Saucío y que le permitió obtener el título de Master of Arts en Sociología de la Universidad de Minnesota en 1952, la realizó la Universidad de Florida con el título *Peasant Society in the Colombian Andes: A Sociological Study of Saucío*, Gainesville, 1955. La primera edición en español la hizo la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia en la serie Monografías Sociológicas (n.º 7), Bogotá, Iqueima, 1961.

transversal” (ibíd.) o, como diría Saussure, en el plano de la sincronía. Fue preciso recurrir también a un “enfoque de secuencia cronológica... penetrar en los recintos de los archivos y acudir a las primeras crónicas y a los historiadores de cada período” (ibíd.). En esta perspectiva de la diacronía (Saussure), Fals Borda tuvo que ir mucho más allá de los límites empíricos de Saucío, ya que la documentación que le hubiera permitido establecer la historia de la evolución del poblamiento del vecindario de Saucío desapareció a causa de dos incendios: el primero en 1770, que destruyó la iglesia y los archivos del convento que los dominicos habían construido hacia 1570 en Chocontá; el segundo en 1840, que volvió a consumir los archivos (1961, p. 266). Entonces tuvo que leer a los cronistas de la conquista, especialmente a Juan de Castellanos y a Pedro de Aguado. Así mismo, en el Archivo Nacional de Bogotá, consultó lo pertinente a los Resguardos en Cundinamarca.

La importancia que tuvo este tipo de lecturas para el joven investigador no solamente se constata en el tratamiento de los diferentes temas que aborda en el libro *Campesinos de los Andes*, sino también porque le llevaron a escribir varios artículos de corta y larga extensión. Los tres primeros fueron publicados en el Suplemento Literario del diario *El Tiempo* en septiembre de 1953, y luego fueron reelaborados y reintegrados en un texto unitario con el título *Los orígenes del problema de la tierra en Chocontá, Colombia*, publicado al año siguiente (1954) en el volumen XLI del *Boletín de Historia y Antigüedades*. Este artículo se incluye en la presente edición. La lectura de la *Recopilación Historial* de fray Pedro de Aguado le llevó a escribir, en 1955, el mismo año de la edición en inglés de *Campesinos de los Andes*, dos artículos que publicó en las revistas norteamericanas *The Americas* y *The Hispanic American Historical Review*¹⁰.

Pero no solamente de su trabajo de campo inicial y de los documentos públicos de archivo, incluidos los notariales, se nutrieron sus análisis. También los documentos privados que le fueron donados, que él denominó de *baúl*, como el archivo personal de un descendiente de la familia Maldonado Neira, que le permitió seguir desde finales del siglo XVIII los pormenores de la concentración de la propiedad de la tierra en Saucío, y las cartas que algunos campesinos le permitieron leer, le fueron muy valiosos. En el curso del análisis, estando en Estados Unidos desde agosto de 1951, en tres ocasiones regresó a Saucío (septiembre de 1952, agosto-septiembre de 1953 y enero-febrero de 1954) con el objeto de precisar mediciones sobre cosechas y áreas cultivadas y lograr así que los cálculos de rendimientos, productividad del trabajo e ingresos por tipo de cultivo fueran lo más exactos posible, de modo que la comparación de estos

10 Fray Pedro de Aguado, The forgotten Chronicler of Colombia and Venezuela, *The Americas*, vol. XI. Washington, April 1955, pp. 539-573. Odyssey of the sixteenth-century document Fray Pedro de Aguado's, *Recopilación historial*, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 35, May 1955, pp. 203-220. Una edición en español de estos dos artículos con el título *Fray Pedro de Aguado. El Cronista olvidado de Colombia y Venezuela* la hizo en Cali la Editorial Franciscana de Colombia en 1956.

indicadores con los de Estados Unidos no solamente pusieran en evidencia la distancia que separaba a los campesinos minifundistas colombianos de los granjeros estadounidenses, sino que también fueron como un pronóstico de lo que ha venido a ocurrir: que los campesinos ya no produzcan trigo ni maíz y que estos productos se importen de Estados Unidos, porque no ha habido reforma agraria ni políticas de Estado para los campesinos. Todavía subsisten como productores de papa, pero el huracán terrateniente y mafioso que sopla sobre las tierras campesinas terminará por hacerlos desaparecer, si en la sociedad no hay fuerzas que puedan detenerlo.

En estos retornos a Saucío, el investigador no solamente verificó y precisó cifras, sino que leyó a los campesinos algunos de los capítulos ya escritos y demandó su opinión: “especialmente el capítulo titulado la formación del campesino (capítulo 13. J.R.) fue ampliamente examinado con los agricultores, quienes en general estuvieron de acuerdo acerca de la exactitud de la descripción” (1961, p. 316). Es preciso advertir que en este procedimiento se encuentra en germen lo que, en su segundo gran trabajo de campo con los campesinos costeños, elaborará como metodología de investigación-acción participativa.

Pero no se cierra aquí el círculo de la reflexión sobre el inmenso material empírico recopilado. Por el contrario, la orientación y consejería de T. Lynn Smith y la circunstancia de haber obtenido una beca de la fundación Guggenheim le ofrecieron la posibilidad de optar al doctorado en la Universidad de Florida. Entonces, simultáneamente con la elaboración del libro (*Peasant Society in the Colombian Andes: a sociological study of Saucío*) sobre el estudio monográfico de Saucío, emprende el trabajo preparatorio para la disertación doctoral. Este trabajo discurre como una proyección desde el foco de Saucío hacia el conjunto del departamento de Boyacá, solo que en una direccionalidad: la tenencia y el uso de la tierra. Dicho de otro modo, una vez hecha la investigación sociológica fundamental, era posible emprender la investigación especializada.

A tal efecto realiza un trabajo de campo, previamente diseñado, en cuya formulación fue definitiva la intervención de Smith. Dice el autor: “Al profesor Smith... debo en especial el marco de referencia que guió el análisis de campo, complementado por el método histórico-evolutivo de investigación” (2006, p. 17)¹¹. El trabajo de campo, que implicó recorrer todos los municipios de Boyacá, lo realizó entre octubre de 1954 y febrero de 1955. Llevó un diario de campo, realizó entrevistas dirigidas, visitó fincas, observó las faenas agrícolas, elaboró mapas y recolectó material estadístico y fotográfico (2006, p. 239).

Desde luego, para la realización de este trabajo de campo, contaba con el conocimiento que ya tenía de los campesinos de Saucío, cuyo origen

11 Utilizo la cuarta edición del libro *El hombre y la tierra en Boyacá. Bases sociológicas e históricas para una Reforma Agraria*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Tunja, 2006. Serie Honoris Causa. La primera edición del libro fue publicada en Bogotá por Editorial Antares, 1957, 259 pp.

chibcha y pasado histórico es el mismo de los campesinos boyacenses. Sin embargo, en relación con este pasado histórico común se encuentra, a nuestro juicio, el mayor de los méritos de su trabajo doctoral. El estudio de una vasta documentación en el Archivo Nacional le permitió hacer un seguimiento al largo proceso de formación y disolución de los Resguardos Indígenas desde finales del siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando se consuma la parcelación de los resguardos de Boyacá. Todo este proceso es inseparable de la apropiación terrateniente de la tierra desde los conquistadores españoles, la formación de la hacienda colonial, de la hacienda republicana y del concertaje, la agregatura y el arrendamiento como formas de dominación y apropiación del trabajo indígena y campesino. El procedimiento de combinar la perspectiva sincrónica con la diacrónica vuelve a ser ejemplar en este trabajo.

PREFACIO

Posteriormente, habiendo encontrado, en un depósito abandonado de una casa de Chocontá, una documentación manuscrita que resultó bastante ilustrativa del proceso antedicho, por tratarse de la expansión de la hacienda de Lotavita sobre el resguardo de Machetá, Fals Borda analizó los hechos en el artículo El problema de la tierra visto a través de los linderos de un resguardo indígena, que publicó en la Revista *Bolívar* (n.º 51) en 1959 y que se incluye en esta edición.

Una apreciación sobre los resultados

En el intento por presentar una visión panorámica del formidable trabajo de campo en el marco de una investigación de largo alcance, en cuanto fundadora de la sociología científica en Colombia, necesariamente se ha hecho referencia a los resultados, de un modo general: tesis de maestría y doctorado, dos libros y un buen número de artículos. Ahora bien, lo que más interesa para efectos de la comprensión del conjunto de la obra del autor son los resultados conceptuales y el perfil intelectual que va tomando el autor ante los retos que deparan, tanto la realidad social inmediata como la realidad exterior (el país, América Latina, el mundo). Ya hemos dicho que Orlando Fals Borda fue un científico y no un hombre de doctrina. Por tanto, a los retos y los ataques doctrinarios nunca respondió de modo doctrinario. Simplemente, volvió a investigar.

Si bien, como lo señala el mismo autor, la investigación no tuvo por objeto poner a prueba una determinada teoría, sobre la vasta información empírica e histórica hay un laborioso trabajo de conceptualización. A mi juicio los conceptos de vecindario, transición y ethos constituyen la síntesis del modo de ser y estar de una población que ha llegado a ser un campesinado parcelario que tiene sus raíces en el poblamiento chibcha con anterioridad a la llegada de los conquistadores españoles.

El vecindario

El asentamiento disperso que Orlando Fals Borda encontró a finales de 1949 a kilómetro y medio de la construcción de los muros de la represa

del Sisga y a la vera de la carretera central del norte estuvo en contacto con el mundo exterior desde la época prehispánica, cuando en el pueblo chibcha se configuraron dos centros de poder: el del Zipa en Maquetá (hoy Funza) y el del Zaque en Hunza (hoy Tunja). La *suná* que comunicaba estos centros de poder pasaba por inmediaciones de Saucío. Entre el Zipa y el Zaque se libró una batalla en una fortificación cercana (Pueblo Viejo). Y la *suná*, con la llegada de los españoles, pasó a ser el camino real que comunicaba los centros administrativos coloniales de Bogotá y Tunja. Fue esta la información que el investigador pudo extraer de la lectura de los cronistas, principalmente de Aguado y Castellanos. En 1781, con la revolución de los Comuneros, los saucitas engrosaron las filas de Ambrosio Pisco, el indio que se proclamó príncipe chibcha. Y durante la guerra de independencia y la sucesión de guerras civiles a lo largo del siglo XIX, todos los ejércitos a su paso por Saucío reclutaron combatientes. En 1905 el general Rafael Reyes, presidente de la república, en un flamante automóvil inauguró la carretera entre Bogotá y Chocontá. No sin ironía el investigador escribe: "Aparentemente, solo al que causó el caballo de Quesada podría compararse tan tremendo impacto cultural" (1961, p. 26). En 1927 la línea del ferrocarril pasó por allí y el tren empezó a formar parte de la cotidianidad de los saucitas.

A pesar de tan alta exposición al contacto externo y de las facilidades para migrar hacia los polos históricos de Bogotá y Tunja, el vecindario no se disuelve y permanece como un asentamiento disperso. Esta forma de poblamiento es originaria de los chibchas, que siempre opusieron resistencia a ser concentrados. Ante la imposibilidad de mantener el violento repartimiento de indios y dar a cada español una encomienda, tomó curso la fundación de haciendas, que implicaba la desposesión de las tierras cultivadas por los indios. Entonces la corona española estableció los resguardos en los cuales los indios vieron la manera de protegerse como grupo, pero los hacendados lograron que se estableciera el *concierto agrario*, que consistía en que el grupo (los indios del resguardo) debía aportar a los hacendados durante un tiempo determinado cierto número de indios que el hacendado estaba obligado a remunerar. Entonces los hacendados optaron por retener a los concertados dándoles un pedazo de tierra para que siguieran trabajando en la hacienda y no regresaran al resguardo. Es así como se establece la categoría social de los *concertados*, que el joven investigador encontró en 1950 en una proporción que representaba 20,8% de los jefes de familia del vecindario de Saucío. Naturalmente, había una hacienda que se formó en el período republicano, la cual ocupaba 879 hectáreas (70%) de las 1255 que tendría el vecindario. De este modo, la significativa cifra, socialmente considerada, de 67,5% de los jefes de familia en calidad de propietarios de tierra, estaba indicando que se trataba de pequeños propietarios, con un ingrediente adicional: estas pequeñas propiedades estaban fraccionadas en muy pequeños lotes dispersos. ¿De dónde proviene esta situación?

De nuevo, tomando la dimensión del macrotiempo, Fals Borda encuentra que esta situación es el resultado de dos hechos históricos fundamentales: el primero, la amputación de tierras de los resguardos llevada a cabo por los visitantes regios, especialmente entre 1760 y 1780, justificados sobre la base de haberse dado una notable reducción de la población de los resguardos y el arrendamiento de tierras de resguardo a españoles para pagar tributos reales e, incluso, la instalación de hecho de colonos blancos en tierras de resguardo; el segundo, la extinción republicana de los resguardos con el argumento de liberar a los indios del tributo y hacerlos iguales a los demás ciudadanos de la república, según decreto legislativo del Congreso de Cúcuta el 11 de octubre de 1821 y luego la ley del 22 de junio de 1850. La independencia significó para los indios su reducción a miserios minifundios, mientras la hacienda colonial siguió intacta. El autor sintetiza en los siguientes términos este largo proceso en su área de estudio:

Así las inmensas posesiones que Vásquez de Molina y la Iglesia habían establecido en la región de Chocontá continuaron intactos como en la época de la colonia, mientras los vientos quemantes de la Revolución Francesa, cuidadosamente desviados hacia los pasivos indígenas, los arrasaron sin misericordia (1961, p. 130).

Nada exagera el autor con su metáfora. Ocurrió que esos vientos traían el germen de la hacienda republicana. La formación de estos nuevos latifundios se hizo por reagrupamiento de los minifundios, resultantes de la parcelación de los resguardos, mediante el procedimiento de la compra de estas pequeñas propiedades por quienes, en general, habían pasado a lucrarse de los cargos de administración del nuevo poder republicano. En los registros notariales, el investigador encontró que en todos los casos la venta se hace porque la tierra *es estéril, o está cubierta de maleza, o es un pantano* y que en la mayoría de los casos es una mujer la que vende la tierra que había heredado de sus padres. Semejante tipo de justificaciones¹² para vender son, desde luego, de la conveniencia del comprador, ya que le permiten demostrar jurídicamente que no coaccionó al vendedor y que pagó con creces una tierra improductiva, haciéndole de paso a una madre de familia. La concomitante principal de este proceso fue la restitución del concierto agrario colonial, ahora bajo la forma republicana. Entonces la fragmentación de la pequeña propiedad tiene su origen en la parcelación de los resguardos y en la repartición por herencia de los ya pequeños predios. En general, estas son las cuestiones que podrían considerarse fundamentales en el análisis de la tenencia de la tierra, que

12 Bien vale la pena anotar aquí que estos argumentos de la índole del mercado permitieron (¡en el siglo XIX!) la desposesión de la tierra de los campesinos y la consiguiente formación de latifundios, mientras que argumentos similares como el de *tierras inadecuadamente explotadas* que se incluyeron en las leyes agrarias 200 de 1936 y 135 de 1961, cuando más seriamente se ha intentado hacer una Reforma Agraria en Colombia, no tuvieron ningún éxito para lograr que la tierra ociosa de los latifundios fuera transferida a los campesinos. En la historia agraria de este país, desde que llegaron los españoles, lo único que ha tenido éxito ha sido la contrarreforma terrateniente.

el autor hace mediante el procedimiento de combinar la sincronía con la diacronía.

Ahora bien, ¿cómo viven los campesinos a partir de sus atomizados minifundios? Aunque el autor haya hecho explícito, como ya se ha anotado, que no se propuso poner a prueba determinada teoría, sin embargo, cuestiona con sus datos y su análisis la tesis que en la sociología rural norteamericana establece que el fraccionamiento de la propiedad agraria es propio de la forma del poblamiento nucleada del vecindario, característica de Europa y de España en particular. Por contraste, afirma la tesis, en el asentamiento disperso de los granjeros estadounidenses, no hay una atomización de la propiedad. El caso de Saucío, de asentamiento disperso y atomización de los predios, controvierte estas tesis. De este modo, el uso de la tierra por los pequeños productores de Saucío cobra una notable importancia sociológica. Una parte sustancial del trabajo de campo está dedicada a describir y a medir los más diversos aspectos sobre la producción agropecuaria en Saucío. En esta apreciación de los resultados se quiere poner de relieve lo siguiente:

En primer lugar, hay un cuidadoso inventario de las actividades agrícolas y pecuarias de los campesinos, relacionándolas con la fuerza de trabajo disponible en la familia, con la habilidad requerida en el manejo de las distintas herramientas utilizadas y con los ciclos anuales del clima, que condicionan las actividades de siembra y cosecha en cada tipo de cultivo. Así también se describe la infraestructura y equipos disponibles a nivel del hogar y del vecindario en su conjunto. De este modo, el autor demuestra cómo se desarrolla en el minifundio una agricultura intensiva que implica un conocimiento acumulado por la experiencia y transmitido generacionalmente.

En segundo lugar, el autor se ocupa de distinguir entre cultivos cuyo producto se destina al mercado y cultivos con destino básicamente al consumo familiar. Desde los tiempos prehispánicos, los chibchas destinaban parte de la producción para el mercado¹³.

Los tres cultivos con destinación al mercado: la papa, el trigo y el ajo no solamente ocupaban la mayor parte del área cultivada, visto el vecindario en su conjunto, sino que cada productor sabía cuáles eran los lotes más adecuados para cada cultivo y elegía las opciones estacionales de siembra en cada año, de modo que siempre podía tener la semilla disponible para la iniciación de los ciclos. Como el autor no lo cita, se debe suponer que no conocía los estudios de Chayanov y su escuela sobre la agricultura campesina en Rusia. Pero procedió tal y como lo haría un chayanovista. Para cada cultivo describe minuciosamente las fases del proceso productivo (preparación del suelo, siembra, mantenimiento, cosecha, por ejemplo) y las operaciones de trabajo en cada fase, lo que le permite hacer cálculos bastante

13 Hoy resulta sorprendente que en los años setenta, veinte años después de la elaboración de este estudio sociológico y en pleno auge de un estudio libresco del marxismo, se tendiera a considerar la *cuestión* o el *problema* campesino como el de su no incorporación al mercado y se le considerara básicamente como un productor autosuficiente, o mejor, que solo produce para el autoconsumo.

precisos sobre costos de producción y llegar a alguna aproximación sobre los ingresos, ya que las fuertes variaciones de la cantidad del producto y de los precios dificultan dicho cálculo. Sendos artículos sobre los “costos de producción agrícola en un minifundio”, el trigo y el ajo, se incluyen en la presente edición.

Ante la dificultad que tienen los campesinos para precisar el área destinada a cada cultivo, Fals Borda descubrió que si hay algo en lo cual los campesinos no se equivocan es en la cantidad de semilla que siembran, y como la cantidad que depositan por hoyo y distancias de siembra son invariantes, se sabe cuánta semilla cabe en una fanegada. Por ejemplo, si lo usual es que en una fanegada se siembran 8 cargas de papa (de 125 kg cada una), un campesino que dice haber sembrado 4 cargas, es lógico que haya ocupado un área de media fanegada. Además, los campesinos minifundistas siempre tienen ovejas que alimentan rotándolas por los lotes que van quedando en descanso. Y el autor anota: “El ganado vacuno es la cuenta bancaria ambulante de los ricos, en tanto que las ovejas son la alcancía del agricultor corriente” (1961, p. 96). A Orlando Fals Borda solamente le faltó consignar explícitamente sus contribuciones a la teoría de la racionalidad económica campesina de Chayanov.

PREFACIO

La transición

Este concepto va a cobrar notable importancia más adelante, cuando en la década de los sesenta el autor replantee no solamente el papel de la ciencia, sino también la manera de hacer ciencia en nuestras sociedades y el papel del científico social.

El investigador encontró que en ese modo de ser y de estar del vecindario campesino a comienzos de la década de los cincuenta había un proceso histórico de más de cuatrocientos años de dominación. A ese modo de estar la realidad social la conceptualizó como de *transición*. La realidad social arrastra y contiene en sí misma problemas no resueltos. El joven investigador en ese momento, a la vez que quiere comprender desde adentro la realidad social de los saucitas, se siente inclinado a intervenir en la búsqueda de soluciones a los problemas que cree haber comprendido. Por ejemplo, el problema de la producción agraria no se resolvería con la introducción de maquinaria: “probablemente antes del proyecto de mecanización habría de emprenderse un programa de consolidación o concentración parcelaria” (1961, p. 98). Y esto significaría ni más ni menos que en la Reforma Agraria, por tanto, habría que intervenir las haciendas, relocalizar grupos familiares, migraciones, en fin, una cuestión bastante compleja y de una escala mayor al vecindario.

Fue entonces cuando acometió la tarea de proyectar la investigación de Saucío hacia un contexto regional, cuyo producto principal es el libro *El hombre y la tierra en Boyacá*, que lleva el muy sugerente subtítulo de *Bases sociológicas e históricas para una Reforma Agraria*. En el prólogo afirma que

nada puede sustituir a la verdad como base para el diseño de una política nacional, en este caso en lo referente al problema de la tierra o reforma agraria, el más grave entre los que afrontan hoy Colombia y otros países del hemisferio (2006, p. 14).

Sesenta años después, la actualidad de este argumento se torna dramática en Colombia.

Al ampliar el panorama de la investigación hacia el conjunto del campesinado boyacense, el investigador pudo precisar a largo plazo, y para el universo del pueblo chibcha, los hilos de ese proceso de transición que ya había podido trazar para el vecindario de Saucío. Mencionamos los principales.

ANTOLOGÍA
ORLANDO FALS
BORDA

En primer lugar los resguardos se establecieron y delimitaron por visitadores reales en Boyacá entre 1595 y 1642. Encontró que estaban documentados 94 casos, ¡pero que debieron ser más! A partir de 1642 el tema principal de los documentos no es ya la protección de los indios con el establecimiento de los resguardos, sino las querellas por límites entre haciendas y resguardos, que generaron los conflictos por la tierra a causa de la expansión y la formación de nuevas haciendas por los españoles invasores. Por lo general los fallos favorecieron a los españoles con el argumento de que los indios del resguardo eran muy pocos y tenían muchas tierras. La corona española, siempre urgida de ingresos desde los tiempos del emperador Carlos V, puso en práctica la política de las *Reducciones*. En 1754 el visitador Andrés Berdugo y Oquendo puso en venta los resguardos de Soatá, Toca, Moniquirá, San José de Pare, Saboyá, Tinjacá, Tensa, Somondoco y Ramiriquí (2006, p. 104). El fenómeno del despoblamiento y de la invasión de tierras de los resguardos había llegado a los extremos. El investigador cita una comunicación del visitador Berdugo al Virrey Solís el 18 de enero de 1756:

En el pueblo de Toca, por los años de 1596 había 1168 personas según se relaciona en los títulos de los resguardos que les dio el señor Andrés Egas de Guzmán, y en la visita del señor Valcárcel por los años de 1636 había 903 personas. En el presente año solo hay de todas las edades 202 personas, y atendiendo a la grande disminución a que ha venido este pueblo y lo inculto de sus muchas tierras he separado los pedazos de tierra los más apartados del pueblo de uno y otro lado, para que las 239 familias de blancos que se componen a 498 personas agregadas a este pueblo tengan terreno en qué poder trabajar y vivir con alivio, de que resulta beneficiarse el Real fisco, lo que también he comunicado al señor fiscal protector (2006, p. 104).

Así como los blancos sin tierra se habían *agregado* a los pueblos de indios, los indios que se quedaron sin tierras por liquidación de su resguardo fueron *agregados* a otros resguardos. Y se llamó también AGREGADOS a los indios que se negaron a abandonar sus tierras de resguardo y prefirieron quedarse en ellas trabajando para el propietario blanco que les había comprado en el marco de la política de la reducción. Aquí está el origen

de la *agregatura* que los estudiosos de la región antioqueña hasta ahora no nos han explicado¹⁴.

El segundo gran aspecto que el autor logra precisar es el relativo al sistema de concertados que comenzó desde muy temprano. En 1596 el visitador Egas de Guzmán ordenó al corregidor de indios del pueblo de Soacá

que los indios que hubieren de servir en las labores, guarda y crías de los ganados de los españoles y vecinos labradores no los *concierte* más que por seis meses remudándose y entrando otros en su lugar para que tengan tiempo de acudir a sus propias labores y granjerías y acudir a la fábrica de las mantas que ellos suelen fabricar (2006, p. 98).

PREFACIO

El sistema fue reglamentado detalladamente el 7 de agosto de 1657 por el presidente Dionicio Pérez Manrique. Una de sus disposiciones establecía que los matrimonios no podían ser separados, lo cual favoreció a los hacendados en su estrategia de estabilizar la fuerza de trabajo indígena en sus dominios, ofreciéndole un pedazo de tierra al grupo familiar para su subsistencia.

Por lo que respecta al origen de la pequeña propiedad campesina, el investigador pudo establecer que los resguardos de Boyacá que sobrevivieron a las *reducciones* del siglo XVIII fueron masivamente parcelados inmediatamente después de la disolución de la Gran Colombia. Entre 1834 y 1840 se parcelaron los resguardos de Samacá, Tuta, Turmequé, Sotaquirá, Cóbbita, Motavita, Sora y Cucaita (2006, p. 115). Y sobre la fragmentación de la pequeña propiedad, el investigador encuentra que además de la herencia y la costumbre de ahorrar para comprar pequeños lotes, los campesinos manejan una lógica o estrategia productiva que describe en los siguientes términos:

Cada lote está especializado, puesto que los campesinos saben cuál es el producto que da mejor allí, y el tener lotes a diversas alturas o en diferentes lugares asegura una mayor variedad de cosechas y una entrada económica más constante (2006, p. 139).

Solo faltó agregar que la teoría de la racionalidad económica de Chayanov resultaba enriquecida por la racionalidad sociocultural del campesinado tropical andino.

El ethos

El autor dedica el último capítulo (capítulo 15) de *Campesinos de los Andes* a analizar el *ethos* de Saucío, y el último capítulo (XI) de *El hombre y la tierra en Boyacá* a analizar la conducta campesina ante el cambio o *modernización* en función de su historia política y agraria. Sin entrar

14 El sistema de la agregatura para la administración de fincas cafeteras era la norma en el norte del Valle del Cauca, hasta donde llegó la colonización antioqueña, a finales de los años setenta cuando realicé un estudio sobre el mercado de trabajo en esa región. Véase la Monografía n.º 6: *Estructura social y mercado de trabajo. Una zona cafetera del norte del Valle*. CIDSE, Univalle, 1982.

en mayores consideraciones conceptuales, Orlando Fals Borda anota al pie de página que no toma el *ethos* en el sentido de *carácter de grupo* con sus consiguientes *pautas de interacción*, a la manera parsoniana (decimos nosotros) de las *variables-pautas*. El contenido del concepto está dirigido hacia la concepción del mundo y de la vida por los saucitas, a su *Weltanschung*, que caracteriza como *su porfiada pasividad y su resignación* (1961, p. 285). ¿De dónde proviene esta manera de ver el mundo y la vida? El autor la atribuye fundamentalmente al peso histórico de las instituciones religiosas y políticas, instituciones que en el marco del conflicto cultural han legitimado y hecho viable la dominación de los españoles sobre los indios, primero, y posteriormente de las elites republicanas sobre los campesinos.

Vencidos en la guerra de conquista, para sobrevivir los aborígenes tenían que adaptarse a su situación de conquistados, y el temor a equivocarse y ser castigados ayudó a fomentar entre ellos una falsa actitud de sumisión. Pero los chocontas al parecer lo hacían con el deseo íntimo de mantener aspectos de su cultura (lo cual pudieron lograr) y a causa de la necesidad vital de evitar el disgusto del grupo dominante (1961, p. 289).

La combinación de una política, por lo general, de represión y castigos, con una prédica espiritual de humildad y penitencia (simbolizadas en la espada y la cruz) fueron el marco de referencia para que los indígenas reestructuraran su visión del mundo y de la vida. Habría que agregar, además, que la legislación favorable a los indígenas no se aplicaba en la práctica, o si se aplicaba era en beneficio de los hacendados que los explotaban.

Ahora bien, ¿por qué la reiteración (preguntamos nosotros) de la prédica religiosa¹⁵ (corazón grande) y la mano dura (represión y engaño) durante cinco siglos? Fals Borda encuentra que en la acomodación a esa realidad tan ominosa, los indígenas conservaron una buena dosis de incredulidad y desconfianza a la palabra y al discurso del dominador, mostrándose sumisos y zalameros o callados, pero estando alerta y observando atentamente, ejerciendo de hecho una resistencia pasiva. Expresiones como *melancolía de la raza*¹⁶ y *astucia indígena* son formulaciones estereotípicas, unilaterales y contradictorias para caracterizar el modo de ser indígena, que habrían heredado los campesinos boyacenses.

-
- 15 Cuando en 1968, con Hernando Ochoa, realizamos el trabajo de campo en el marco de una investigación dirigida por Orlando Fals Borda desde el UNRISD y que nos permitió hacer la monografía de grado, registramos en nuestros diarios de campo los que nos parecieron aspectos normativos y valorativos relevantes de los sermones del cura párroco de Támesis (Antioquia) en las misas dominicales. Había allí *mandamientos* de conducta que sintetizaban la prédica de valores como la obediencia, la caridad y el recato, del siguiente tenor: "El que obedece no se equivoca; Dar al que todo nos da, no es dar; Ver y callar". No nos debería sorprender que hoy, por ejemplo, la plata destinada a créditos para los campesinos pobres, se les regale a los terratenientes ricos. Véase la monografía de grado *Cambio estructural y cambio dirigido*, Bogotá, 1970, p. 61.
- 16 Dice al respecto el autor que *no hay prueba de que los Chibchas fueran abúlicos y tristes al momento de la Conquista y que hayan transmitido esta abulia a sus descendientes; por el contrario, si se leen las crónicas sin prejuicio, hay razón para pensar lo contrario* (2006, p. 223).

Pero los campesinos boyacenses son también un producto del mestizaje y su condición de pequeños productores independientes, fuertemente individualizados, es un producto de la reacomodación terrateniente republicana, heredada de la colonia y orientada por las luchas partidistas del siglo XIX, de modo que la solidaridad del grupo indígena y las prácticas agrícolas de cooperación en el marco del resguardo fueron remplazadas por la pertenencia partidaria en el marco del gamonalato hacendatario y la atomización e individualización parcelaria. Dice el autor:

sería un suicidio para un campesino reconocido como liberal tratar de entrar a veredas conservadoras como Chulavita y viceversa. En igual forma, arrendatario conservador busca hacendado conservador, y arrendatario liberal busca hacendado liberal (2006, p. 206).

PREFACIO

En su estudio sobre Saucío, el autor había concluido que ese ethos de pasividad campesina “parece ser, en alto grado, el resultado de experiencias traumáticas sufridas por esta comunidad durante los períodos históricos de la conquista, la colonia y la república” (1961, p. 302), pero los campesinos están descubriendo su propia situación de opresión y podrían desatarse graves conflictos por la emancipación y la justicia social como en Bolivia, Guatemala y China, por ejemplo. Tal vez lo que le faltó por señalar más explícitamente al autor es que ese ethos de la pasividad, en la medida en que contiene la elaboración cultural de conflictos y contradicciones sociales de larga duración, en determinadas circunstancias también puede desencadenar las fuerzas de la resistencia y la rebelión.

El cambio social: por el camino de la subversión

Con la publicación en 1959 de la Monografía Sociológica n.º 2, que se incluye en esta edición, Orlando Fals Borda ofrece a *los estudiosos de las ciencias sociales* (en rigor podría decirse que se dirige por anticipado a sus futuros estudiantes de sociología) la primera reflexión sistemática de orden conceptual sobre su trabajo de investigación adelantado entre 1949 y 1955. Lo primero que se debe advertir, porque es un rasgo distintivo de la obra del autor y de su modo de *hacer sociología*, es la referencialidad empírica e histórica de la conceptualización, lo cual le permite comportarse con entera libertad frente a las escuelas o tendencias de la tradición teórica sociológica. No debe sorprender entonces que la monografía lleve el título de *La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia*.

En segundo lugar debe destacarse que el autor haga explícitos los procedimientos de método, que utilizó para hacer la investigación empírico-histórica, puesto que esta manera de concebir la tarea de hacer *teoría científica* le va a conducir a las formulaciones de la *ciencia popular* y la IAP en la década de los setenta. Resulta por lo demás premonitorio de lo que se está planteando que el autor señale:

Además se ha usado un nuevo método denominado *experimentación por participación*, es decir de experimentos sociológicos efectuados en la vida real; este método requiere que el sociólogo, especialmente por el manejo de

innovaciones determinadas, interfiera en forma controlada los procesos de cambio, para observar y codificar las variaciones significativas resultantes. Así se espera descubrir ciertos mecanismos de cambio y las fuentes de resistencia a la innovación (1959, p. 6).

Desde luego que estos experimentos estuvieron circunscritos a las innovaciones tecnológicas dirigidas a inducir cambios en la producción agropecuaria de los campesinos y el autor advierte que “con ello no se quiere sostener... que la cultura se pueda reducir meramente a los objetos materiales y a la técnica”. Sin embargo, años más tarde (1967), cuando elabora un modelo conceptual para interpretar el cambio social en la historia de Colombia, la técnica va a ser considerada un componente fundamental.

Un tercer aspecto que debe ponerse de relieve es el relativo al significado de la procedencia de los *agentes* del cambio en la modalidad del cambio sociocultural. Si los agentes son endógenos (pertenecientes al grupo), el cambio es inmanente; si son exógenos o externos al grupo, el cambio es dirigido y puede ser pacíficamente inducido o violentamente impuesto. Es lo que va de los cambios técnicos (pacíficamente inducidos) en los que participó el investigador en Saucio a la invasión violenta de los españoles cuatrocientos años atrás. De aquí que tanto la adopción como la resistencia sean cuestiones relevantes en la conceptualización del cambio, puesto que está en juego la conservación o no del ethos del grupo, concepto que sigue considerando fundamental en la identidad sociocultural del grupo.

A partir de este texto y hasta 1966, desempeñándose como director del Departamento, luego Facultad de Sociología, Orlando Fals Borda va a desplegar una intensa actividad académica de cara a la nación o, mejor, frente a los problemas del país, de modo que la formación profesional de los jóvenes estudiantes que ingresaban al plan de estudios de Sociología va a estar marcada no solamente por el aprendizaje en el aula con profesores-investigadores, nacionales y extranjeros, sino también por la institucionalización del modelo de investigación ya descrito, que suscitó encendidos debates de opinión, mucho más en los centros del poder político que en los centros académicos. Fue este el caso de la publicación de los dos tomos de la Monografía n.º 12 sobre *La Violencia en Colombia* en 1962-1963, de lo cual nos ocuparemos más adelante.

Así mismo, Orlando Fals Borda introdujo en la actividad académica dos cuestiones fundamentales: la interdisciplinariedad de las ciencias sociales y una perspectiva latinoamericana en el análisis de los problemas sociales, lo cual se expresó nitidamente en el origen disciplinar de los profesores que llevó a formar parte de la Facultad de Sociología (destacados antropólogos, historiadores, geógrafos, juristas)¹⁷, en las publicaciones bajo la forma de series monográficas (en 1963 se inició la serie de Monografías Latinoamericanas), en la realización en Bogotá

17 Historiadores como Juan Friede y Jaime Jaramillo, antropólogos como Virginia Gutiérrez de Pineda y Enrique Valencia, geógrafos como Ernesto Guhl y juristas como Eduardo Umaña Luna estuvieron, junto con Andrew Pearse y Eugene Havens, en la nómina de profesores en la primera mitad de la década de los sesenta.

del VII Congreso Latinoamericano de Sociología en 1964 y en el montaje del Programa Latinoamericano de Estudios para el Desarrollo, PLEDES, con una destacada nómina de profesores argentinos, chilenos, brasileños, uruguayos y norteamericanos¹⁸. Pero quizá quien más a fondo estuvo en el cerebro y el corazón de todo este proyecto fue el sociólogo y sacerdote Camilo Torres Restrepo.

A pesar de todo el peso que va a tener para la Sociología y para el oficio del sociólogo el significado de su protagonismo político, Camilo no estuvo en el ojo del huracán que desató la publicación de la Monografía Sociológica n.º 12, *La Violencia en Colombia*, en julio de 1962. En el prólogo (p. 17)¹⁹, Fals Borda anuncia que vendrá un segundo tomo en el cual se incluirá un texto de Camilo. Sin embargo, el segundo tomo publicado en diciembre de 1963 solamente incluye a los tres autores del primero.

PREFACIO

Nadie preguntó a los tres autores (ya muertos) el por qué. Seguramente, ante la descalificación de la curia a monseñor Germán Guzmán, se quiso evitar lo que hubiera sido una segunda “provocación” y Camilo presentó su trabajo con el título *La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas* al Primer Congreso Nacional de Sociología reunido entre el 8 y el 10 de marzo de 1963²⁰.

En la línea de exploración aquí propuesta, sobre la obra sociológica de Orlando Fals Borda, resulta sorprendente que su contribución al examen del fenómeno de la violencia en Colombia no solamente se limite a un capítulo (XIII), sino que en lugar de hacer un enfoque teórico en la perspectiva del cambio social (como lo había hecho en toda su obra anterior), se proponga hacer un examen general, aplicando el enfoque en ese momento dominante en la Sociología: *la orientación estructural-funcional* (1980, p. 399), para luego *coordinarla con las teorías del conflicto y de los valores sociales* (ibíd.). En rigor, es preciso afirmar que no logró síntesis alguna, como era su propósito porque el concepto de *grieta estructural*, que si bien sería adecuado para el análisis sincrónico, tendría como presupuesto una presentación de las estructuras sociales como resultado (en transición) de un proceso histórico de larga duración que el autor no tiene oportunidad de analizar: la violencia desde la conquista española hasta la que se desata con el asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán.

Sin embargo, la Introducción a la primera edición del segundo tomo, publicado en diciembre de 1963, tiene el mérito de presentar sobre la tábula rasa sociológica todo el espectro de la enorme y diversa controversia que suscitó el primer tomo de *La Violencia en Colombia*, en forma tal

18 A través de brillantes profesores como Jorge Graciarena, Luis Ratinoff, L. A. Costa Pinto, Guillermo Briones y Ángel Rama, conocimos la obra de los modernos fundadores de las ciencias sociales en América Latina como Celso Furtado, Florestán Fernández, Gino Germani, Torcuato Di Tella, Aldo E. Solari, Helio Jaguaribe, Pablo González Casanova, Aníbal Pinto, por ejemplo.

19 Se cita aquí la novena edición por Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986.

20 Véase Asociación Colombiana de Sociología: *Memoria del Primer Congreso Nacional de Sociología*, Bogotá, Editorial Iqueima, septiembre de 1963.

que la serenidad y objetividad del científico queda en firme para el lector, mientras que los discursos de los protagonistas, que van desde el impropio y la calumnia hasta la razonada aceptación y defensa de las tesis de los autores, ponen en evidencia que la intolerancia, el odio, el autoritarismo y la arrogancia como inequívocos inductores de la violencia están presentes y actuantes en las instituciones (Congreso, Policía, Iglesia, por ejemplo) y en los centros de poder de la nación.

Cuando el autor construyó la tipología sociológica²¹ para examinar la controversia que suscitó la publicación del libro sobre la violencia, seguramente nunca imaginó que cincuenta años después (hoy) siguiera siendo normal que personajes investidos de poder consideren que la sociedad colombiana no está preparada para conocer la verdad de la violencia, que la información tomada directamente de los actores violentos no solamente es falsa y calumniosa sino que hace de quien la registra un criminal o un encubridor (de lo cual se acusó a los autores del libro) y que basta con nombrar o dejar de nombrar, con introducir una palabra o suprimirla del léxico para que la realidad exista o deje de existir, como ocurrió entonces con los términos bandolero y violencia, y ocurre hoy con los términos terrorista y conflicto armado.

Ahora bien, ¿cuándo retoma el autor el hilo sociológico del cambio social? Lo hace en una coyuntura trágica para la Facultad de Sociología y para el país en su conjunto: en febrero de 1966 muere Camilo Torres en un enfrentamiento armado con el ejército, que estaba bajo la dirección operativa del coronel Álvaro Valencia en Bucaramanga, que había sido cuestionado por el conservatismo laureanista a raíz de su concepto favorable, tres años atrás, para que la oficialidad leyera el libro *La Violencia en Colombia*. Sin embargo, no fue este rasgo *progresista* el que ha marcado la vida del militar, sino el de haberse constituido en *cerebro* de la lucha antisubversiva.

Fue en 1966 cuando el autor, estando en Wisconsin, escribió el libro *La Subversión en Colombia. El cambio social en la historia*, el cual se publicó en marzo de 1967 en la serie Monografías Sociológicas, la n.º 24, última de la serie, puesto que el cambio curricular de 1968 significó tanto su salida del Departamento de Sociología como el abandono institucional de la investigación empírica y de las publicaciones²². Refiriéndose a Camilo Torres, a quien dedicó el libro²³, escribe en el prólogo:

-
- 21 Basándose en un ensayo del sociólogo Daniel Lerner, Fals Borda construye una tipología que relaciona la posición en que se coloca el comentarista o emisor de los juicios respecto del libro, la actitud que manifiesta y el rol que asume.
 - 22 El sector de profesores que tomó las riendas del Departamento de Sociología bajo la inspiración y el liderazgo intelectual del profesor Darío Mesa cambió el orden de prioridades y el trabajo académico del Departamento se orientó casi exclusivamente al estudio y transmisión en aula del pensamiento de los clásicos de la Sociología. Al abandonar la investigación empírica y las publicaciones, y al suprimir el PLEDES, la sociología colombiana dejó de tener un epicentro de reflexión y análisis sobre los problemas nacionales y latinoamericanos.
 - 23 También incluyó en la dedicatoria, en la primera edición, a Otto Morales Benítez, lo cual le significó una lluvia de reparos y reproches de nosotros, sus alumnos. En las siguientes ediciones solo está Camilo, como debió ser desde el principio, puesto que Otto Morales no ha intentado subvertir ningún orden.

La influencia intelectual y personal del padre Torres ha sido y seguirá siendo importante. Fue el tipo del subversor moral, de los que abren trocha nueva. Por eso, el dedicarle este libro es no solo un acto de amistad, sino uno de justo reconocimiento a su contribución para entender el sentido de la época en que nos ha tocado vivir (1967, p. 15).

La formulación sociológica del concepto *subversión* que hace el autor es inseparable del propósito de convertir en positiva la valoración negativa que pesa socialmente sobre el subversivo, al considerarlo no como un delincuente, sino como un rebelde que se propone destruir el orden social vigente para construir un nuevo orden más justo. En este sentido el libro es, podríamos decir, el homenaje que el sociólogo le hace a su amigo y compañero, muerto como subversivo. Pero el concepto de subversión, en la medida en que se refiere a una dirección motivada e intencional del cambio social, comporta una adherencia moral. Por ello no debe sorprendernos que en el prólogo a la cuarta edición actualizada a 2008, año de su muerte, afirme que: “a estas subversiones les añadí el adjetivo moral para indicar las motivaciones ideológicas de cambio social de sus actores” (2008, p. 10). Pero esto no basta para comprender su construcción sociológica del concepto de Subversión. Es preciso leer los tres apéndices conceptuales que el autor suprimió en la cuarta edición por considerarlos obsoletos.

El autor sitúa el concepto de subversión en el campo teórico del cambio social, específicamente en lo que respecta a la *dirección de la transformación* de un orden social, por tanto, a la especificidad de la transición. Y como estos conceptos solamente son operantes en la dimensión diacrónica de la realidad social, el autor se ve en la necesidad de exponerlos con *referencia* al proceso de larga duración que irrumpe con la subversión cristiana del orden nativo, que denomina Aylico. Subversión y orden son conceptos correlativos y opositivos que sustentan el cambio histórico-social, siendo la subversión un concepto telético, ya que implica la direccionalidad y finalidad del cambio.

Al autor le fue posible establecer cómo y cuándo un orden resultaba subvertido gracias a que, por una parte, disponía de una vasta información histórica y, por otra parte, de información empírica o sincrónica (que ya había registrado y analizado en sus investigaciones de Saucío y Boyacá). De este modo, definir cuáles serían los constituyentes o componentes fundamentales del orden social no fue un procedimiento puramente abstracto. Ya había encontrado que valores, normas y técnicas representaban un papel muy importante en la estructuración del grupo social campesino. A estos agregó el muy complejo componente de la organización social, que incluye los grupos y las instituciones. Entonces, cuando en el despliegue de los conflictos sociales se pone en juego la continuidad de estos componentes y el orden comienza a descomponerse es porque los portadores de una *utopía* están subvirtiendo ese orden en la dirección del contenido de ideas de esa utopía. De este modo, lo que le da una direccionalidad y un contenido a la subversión es la utopía y, por ello, la subversión es un concepto telético. Y lo que la *subversión* le opone a cada uno de esos componentes (utiliza los

términos antivalores, contranormas, disórganos e innovaciones técnicas) hace que el orden social responda como *tradición*.

Como resultado de la lucha entre subversión y tradición, lo que denomina *descomposición dialéctica del orden social*, se produce una *topía* que es algo así como la realización parcial de la utopía, su integración y ajuste que da lugar a un nuevo orden social. Si se compara la gráfica que ilustra la descomposición del orden social en general en la primera edición (1967, p. 244) con la gráfica que elabora para la cuarta edición (2008, p. 274) con el objeto de ilustrar la configuración de un quinto orden social en la historia de Colombia por la decantación de una utopía socialista raizal, que fue el tema de sus últimas reflexiones, se puede apreciar que resurge el concepto de *ethos*, que ya se puso de relieve en la conceptualización de su primer gran trabajo de investigación empírico-histórica. En este quinto orden social, el *ethos* holista de la subversión socialista raizal se confronta con el *ethos* desarrollista de la tradición social-burguesa. Es este un ejemplo de la circularidad en espiral de su pensamiento, a la que ya se hizo referencia.

Sus alumnos, que en 1966 estaban en Wisconsin realizando una maestría en Sociología, y a quienes el autor presentó el modelo conceptual, le criticaron dura y cordialmente (1967, p. 16), y desde entonces no han tenido una opinión decididamente favorable al libro. Ocurrió que el tema que ocupaba toda su atención intelectual (la de sus alumnos) era la *dependencia*, teoría que comenzaba a tener gran auge entre la intelectualidad de izquierda en Latinoamérica y en Estados Unidos. Como ya se ha dicho, quienes recibimos el libro siendo estudiantes de sociología en la Universidad Nacional de Colombia y habiendo sido sus alumnos, lo que encontramos inaceptable fue que, en la dedicatoria, Otto Morales estuviese al lado de Camilo.

Ahora bien, mirando a lo lejos (para utilizar una expresión de Lévi-Strauss), ¿cuál o cuáles podrían ser los méritos inobjetables del libro *La Subversión en Colombia*? En primer lugar, en lo que se denomina marco teórico en el diseño del tipo de investigación histórico-empírica que siempre practicó Orlando Fals Borda, difícilmente se puede encontrar en la sociología colombiana un modelo conceptual que tenga la consistencia, la coherencia, la sistematicidad y la operacionalidad conceptual que él elaboró en el libro *La Subversión en Colombia* para explicar, a largo plazo, el cambio del orden social en Colombia. En segundo lugar, este libro pone en tela de juicio toda las supervaloraciones que la historiografía colombiana ha hecho sobre el significado del periodo histórico de la Independencia (especialmente sobre la democracia republicana) puesto que dejó intacto el orden social señorial de dominación y, como corolario, resulta lógico concluir que puede haber *revoluciones* que en nada cambian el orden social. En tercer lugar, las subversiones (y las revoluciones también) llegan a un tope²⁴, a una topía. Es muy relevante que Fals Borda encuentre que en

24 Como en la novela de Cervantes, cuando don Quijote le dice a Sancho: ¡con la Iglesia hemos topado!

la historia de Colombia esto se ha debido a la *captación de la antiélite* o, en otros términos, a la incorporación de gran parte de los líderes subversivos al aparato político de dominación del orden social existente. La mejor ilustración de este fenómeno sociológico es la subversión liberal que, inspirada en la utopía liberal, arranca con la revolución popular de los artesanos en 1848 y termina en 1867 con la captación de buena parte del olimpo radical y el establecimiento del orden burgués.

La muerte del Che Guevara en octubre de 1967, seis meses después de la publicación de su libro *La Subversión en Colombia*, lleva a Orlando Fals Borda a proyectar al conjunto de América Latina las reflexiones que acaba de hacer a largo plazo sobre el proceso social colombiano. Se reitera aquí ese rasgo que ya se ha señalado acerca de su modo de generalizar, ampliando la unidad empírica de análisis. Escribe entonces el texto que titula *Revoluciones inconclusas en América Latina*, el cual se incluye en la presente edición.

Partiendo de la situación del presente (la muerte de Camilo, la muerte del Che), el autor comienza su reflexión en los siguientes términos:

La posibilidad de iniciar otro ciclo de subversión plantea el interrogante de su eficacia, porque los esfuerzos subversivos anteriores, aunque significativos, no han sido del todo satisfactorios (2009, p. 105).

Sin entrar en los pormenores del texto, en la línea de exploración que aquí se ha propuesto, debe ponerse de relieve que: primero, el autor llama la atención sobre los cambios que han traído consigo los procesos de urbanización y de industrialización en la región y el hecho de que *las revoluciones populares más importantes del presente siglo (el siglo XX) en América Latina se originaron y pelearon en la aldea* (2009, p. 109). Hay una relación entre las revoluciones frustradas y tales procesos de cambio. La captación de las antiélites ha ocurrido precisamente en este contexto de relaciones. En segundo lugar, pone sobre el tapete el papel de los intelectuales, “incluyendo entre ellos al profesorado y a los estudiantes universitarios” (2009, p. 116); el papel que han jugado en las frustraciones históricas y el que estarían llamados a jugar hacia el futuro. En ese momento el autor no tiene una respuesta, pero la va a construir con su modelo de trabajo científico y político en la siguiente década: la de los setenta.

I. Reflexiones en la transición

Decimos “en la transición” porque se trata de las reflexiones que el autor consignó en algunos textos que pueden considerarse fundadores de la que, posteriormente, mediando una experiencia directa de investigación empírica, va a trascender como la metodología de la Investigación-Acción Participativa, IAP. Consideramos aquí que este nuevo modelo de producir conocimiento científico fue construido por Orlando Fals Borda en el transcurso de una década: entre 1967, con la publicación del libro *La*

Subversión en Colombia, y 1977, con la realización del Simposio Mundial sobre Investigación Activa y Análisis Científico²⁵, en Cartagena.

Pero en el corto periodo que va de finales de 1967 a comienzos de 1972, el autor *decanó* (para utilizar uno de sus conceptos operacionales preferidos) los argumentos que lo condujeron decididamente a desempeñarse como investigador de apoyo a las tomas de tierras por los campesinos de Córdoba, movilizados por la organización regional de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. El primer argumento tiene que ver con un problema común al conjunto de los países latinoamericanos: el problema del desarrollo. Ya en *La Subversión en Colombia* había planteado que “el desarrollo socioeconómico debe ser el proceso telético que lleva de un orden social a otro” (1967, p. 42).

Y así como encontró que las revoluciones en América Latina habían quedado inconclusas, consideró que era indispensable investigar hasta dónde habían llegado otros procesos de cambio dirigido (telético), específicamente los de reforma. Como en la mayor parte de América Latina se habían echado a andar procesos de Reforma Agraria en contrapeso a la Revolución Cubana, Orlando Fals Borda concibió un proyecto de investigación sobre *Instituciones rurales y cambio dirigido* desde el UNRISD²⁶. Fueron entonces 11 cooperativas rurales en diferentes líneas de actividad económica (producción, mercadeo, crédito y consumo) en tres países (Venezuela, Colombia y Ecuador) el universo empírico de la investigación. ¿Por qué las cooperativas? Porque, como lo señala el autor:

Las cooperativas en América Latina han sido propuestas como un tercer camino entre el capitalismo y el socialismo, como un instrumento capaz de liberar de su pobreza tradicional a los campesinos, y a las clases explotadas en general, y como un sistema de organización de la vida humana en el que tanto la competencia como la explotación quedarían eliminadas (1972, p. 200)²⁷.

Aunque el estudio no se limitó solamente a las cooperativas promovidas en el marco de la reforma agraria, sino que incluyó también cooperativas promovidas por la Iglesia Católica y por gremios empresariales, el análisis comparado de los casos que realizó el autor en Ginebra²⁸ lo llevó a concluir que, antes que agentes de cambio, en no pocos casos las cooperativas sirvieron para bloquear procesos de cambio, captar líderes discrepantes y operar como instrumentos que refuerzan el dominio de las clases dominantes y explotadoras. Incluimos en esta edición el Prólogo de Orlando Fals Borda a la edición de los informes y materiales de campo de la investigación.

25 Es lo que he procurado sustentar en el corto ensayo *La construcción de la IAP. Una exploración en la obra del autor*. Véase Revista *CEPA*, año IV, n.º 9, y *Análisis Político*, n.º 67, septiembre/diciembre de 2009. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, pp. 224-234.

26 Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, con sede en Ginebra, Suiza.

27 Orlando Fals Borda, *El Reformismo por dentro en América Latina*. México, Editorial Siglo XXI. 1972.

28 No participé directamente en la realización de los trabajos de campo.

Inconclusas las revoluciones y descartadas las reformas, ¿qué puede hacer la Sociología en América Latina? La respuesta a este interrogante va a ser su texto *Ciencia propia y colonialismo intelectual* que escribe, estando todavía en Suiza, en 1970. En lo fundamental, retoma las tesis del ingeniero Oscar Varsarsky²⁹ sobre la necesidad de hacer una *ciencia rebelde* aplicable no solo a lo social y económico sino también a lo físico, exacto y natural (1987, p. 16)³⁰, ciencia que solo pueden llevar a cabo científicos rebeldes, porque “*batalla contra el colonialismo en todas sus formas* (como el integracionismo de la OEA) *y estimula la formación de frentes interdisciplinarios en respuesta a las complejidades que plantea la crisis*” (1987, p. 17). Dicho en otros términos, el autor de *La Subversión en Colombia* se plantea el reto de hacer ya no una *sociología de la subversión*, sino una *sociología subversiva*. Entonces se pregunta si es posible una Sociología de la Liberación, puesto que de eso se trata, de liberarnos de la colonización intelectual de los Estados Unidos y de Europa, lo cual pasa por el rechazo del modelo de cientificidad que se ha impuesto.

A tal efecto formula dos argumentos complementarios. El primero, que ya había esbozado en el libro *La Subversión en Colombia*, se refiere al condicionamiento de las teorías sociales por las estructuras de las sociedades en relación a las cuales se construyen y se utilizan para investigar determinados problemas sociales. Ocurre entonces que las teorías sociológicas dominantes no permiten abordar el análisis de los problemas fundamentales de las sociedades latinoamericanas. Y el sociólogo no puede ser insensible a la solución de los problemas que configuran la situación de crisis en América Latina. Investigar la crisis es inseparable de actuar sobre la misma. Entonces el sociólogo no solamente se encuentra ante una inadecuación de los modelos teóricos, sino que está obligado a innovar, a ser creativo. Y aquí viene el segundo argumento: el modelo de objetividad, como neutralidad valorativa de un sujeto que investiga sobre un objeto, requiere ser totalmente subvertido. Es preciso reconciliar el conocimiento con la acción, la teoría con la práctica, conocer para transformar. Y cita un aparte de las conclusiones del IX Congreso Latinoamericano de Sociología realizado en México en noviembre de 1969:

Nuestro objetivo más amplio consiste en poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política (1987, p. 22).

El sociólogo se ve así ante el imperativo de asumir un *compromiso-acción* que es, a la vez, una toma de conciencia “de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo” y un colocar “su pensamiento o su arte al servicio de una causa” (1987, p. 53). Lo que resulta más relevante es que el autor plantee que el compromiso-acción, “aunque ideológico, no queda por fuera de los procesos científicos” (1987, p. 55). Y esto ocurre

29 Se refiere a un texto de Varsarsky titulado *Ciencia, política y científicismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969.

30 Utilizamos la edición de Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1987.

así porque los científicos deben establecer cuáles son los grupos clave que merecen ser servidos por la ciencia, identificarse con ellos y tomarlos como sus *grupos de referencia*. Nada más lejos de la separación de roles entre el científico y el político, tesis weberiana que en ese momento es ya un dogma académico en la Universidad Nacional de Colombia.

Ahora bien, Orlando Fals Borda pasa de este nivel de reflexión a escala latinoamericana a plantearse *El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia*, texto que elabora también en 1970 y que incluimos en esta edición. Sostiene la tesis de que en Colombia coexisten dos culturas, una popular y una elitista, que siempre ha sido extranjerizante, “lo cual reduce obviamente las posibilidades de un desarrollo científico y técnico autónomo” (2009, p. 125). Más aún, los méritos y el reconocimiento intelectual le son otorgados por las metrópolis y en no pocos casos el científico termina instalado allí porque se ocupa de temáticas que no son pertinentes a la nación. Es lo que ha ocurrido en el siglo XIX y en lo que va corrido del siglo XX.

Por ejemplo, los mejores latinistas de la época eran colombianos. Uno de nuestros lingüistas más distinguidos, Ezequiel Uricoechea, tuvo el honor de ser el primer americano que enseñara en la Universidad de Bruselas; pero la materia que enseñó era el árabe” (2009, p. 125).

Entonces, cuando se trata de abordar problemas concretos, los gobiernos recurren a misiones extranjeras y paso a paso la ciencia y la técnica se van convirtiendo “en instrumentos para inducir o promover la dominación económica extranjera” (2009, p. 128).

Paralelamente, una cultura popular que se enraíza en los pueblos indígenas, mestizos y mulatos, ha demostrado una enorme riqueza porque es portadora de conocimientos sobre las condiciones ecológicas del trópico. La domesticación de productos alimenticios como la papa y el maíz implicaron largos procesos de experimentación y qué no decir de la herbología y la medicina que América le aportó al mundo:

Muchas veces se olvida que lo que aportó América a Europa en materia de conocimiento, organización social y técnica agrícola y médica compensó con creces lo que trajeron los conquistadores (2009, p. 128).

Por esta vía el autor va sustentando la necesidad y la viabilidad de construir una ciencia propia que tiene su núcleo en la cultura popular, una ciencia al servicio del pueblo de tal modo que se vaya *reduciendo la adopción de una ciencia sofisticada de consumo y desprecio concebida para clases privilegiadas* (2009, p. 180). El siguiente paso del autor, apenas lógico, fue formular, con la coautoría de los creadores de la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social,³¹ el muy polémico concepto, en ese momento (1972), de *ciencia popular*.

31 Orlando Fals Borda, Víctor D. Bonilla, Gonzalo Castillo y Augusto Libreros, *Causa popular, ciencia popular*, Ediciones de la Rosca, Bogotá, junio de 1972.

Como lo examinó adecuadamente Ernesto Parra³², el contenido central de este concepto consistió: 1) en rechazar la idea de la Teoría Social como un sistema hipotético-deductivo para formular verdades eternas (dogmas) y 2) adoptar el marxismo *como sistema metodológico de análisis y no como dogma ideológico global* (Parra, 1983, p. 54). Esto implicaba, necesariamente, asumir el rol de investigador-militante y no el de cuadro político de cualquiera de las organizaciones partidarias que, en ese momento, adoptaban el marxismo como doctrina y hacían de su línea política una verdad absoluta. La posibilidad de una ciencia popular retomaba la idea del joven Marx, según la cual la praxis social del proletariado lleva a que la ciencia *deje de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria*³³. Se trataba entonces de aplicarle al marxismo las mismas tesis de Marx.

Ahora bien, como lo señala muy adecuadamente Ernesto Parra (véase el Capítulo IV sobre *La concepción científica y política de La Rosca*), la construcción de esa ciencia popular implicaba que el investigador militante pusiera en práctica tres procedimientos: 1) el método de estudio-acción, mediante el cual se esperaba aumentar la eficacia de la práctica política y *enriquecer las ciencias sociales que coadyuven al proceso*; 2) identificar los **grupos clave** con los cuales se iba a trabajar y 3) identificar un **espacio regional** para el trabajo de estudio-acción. Como se puede inferir fácilmente de lo que ya se ha expuesto, todas estas ideas tuvieron su génesis en el pensamiento de Orlando Fals Borda, que es a su vez inseparable de su propio trabajo de investigación empírico-histórica. Este es a grandes rasgos el perfil intelectual del sociólogo que en los catorce años siguientes (1972-1986) les va a aportar a las ciencias sociales el método de la IAP y el monumental estudio regional de *Historia doble de la costa*.

De la investigación-acción con los campesinos costeños al socialismo raizal

En el numeral 8 (canal A) del cuarto tomo, *Retorno a la tierra* de la *Historia doble de la costa*, Orlando Fals Borda reconstruye, a partir de sus notas de campo, un itinerario de los acontecimientos cruciales de los cuales fue

32 Ernesto Parra Escobar publicó en Cali (Fundación para la Comunicación Popular, FUNCOP) en 1983 el libro *La investigación-acción en la costa atlántica. Evaluación de la Rosca, 1972-1974*, que es un excelente análisis de la experiencia de Orlando Fals Borda y su Grupo de Trabajo en Córdoba.

33 Parra (1983, p. 54) cita esta frase de Marx en el texto *Miseria de la Filosofía* que, como es sabido, es una implacable crítica al libro *Sistema de contradicciones económicas o filosofía de la miseria* de Proudhon, a quien antes había elogiado por su libro *¿Qué es la propiedad?* Tal vez para la comprensión del sentido de la frase sea conveniente citar el texto que le precede: *Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquellos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad. Mientras se limitan a buscar la ciencia y a construir sistemas, mientras se encuentran en los umbrales de la lucha, no ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario.* Marx, Karl. *Miseria de la Filosofía*. Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970, p. 109.

participe en el Departamento de Córdoba entre 1972 y 1974. Comienza así:

Marzo 6. 1972. La Fundación Rosca de Investigación y Acción Social me destaca para trabajar en la Costa con sede en Montería, previo acuerdo con el Comité Ejecutivo Nacional de la ANUC. Un poco más tarde llegará mi esposa María Cristina Salazar, quien colaborará mucho conmigo y con las bases en diversas investigaciones y trabajos (1986, p. 170A).

La Fundación La Rosca había surgido de un encuentro fortuito del autor con Gonzalo Castillo y Augusto Libreros el 6 de julio de 1970 en Ginebra, cuando acordaron crear un Centro de Estudios de la Realidad Nacional que quedó formalizado meses después en Bogotá con el nombre de La Rosca de Investigación y Acción Social. ¿Por qué La Rosca? Ernesto Parra nos dice que

los fundadores decidieron usar la palabra rosca, término peyorativo que quisieron rescatar, en vez de centro, como un primer gesto de independencia ideológica, apelando a su sentido original en el catalán, como círculo (1983, p. 16).

La explicación resulta convincente si se tiene en cuenta el origen catalán de los ancestros Fals. Una visión de conjunto de la Fundación La Rosca se encuentra en el libro, ya citado, de Ernesto Parra. Para los propósitos de esta exploración, lo que interesa relevar es que el autor llega al escenario de los acontecimientos como el investigador de La Rosca.

Irrumpe la investigación militante

Con este título el autor adicionó un apéndice a la reedición de *Ciencia propia y colonialismo intelectual* en 1973. Antes de hacer referencia a los aspectos conceptuales de este corto texto, viene al caso ilustrar, a partir de la documentación disponible, algunos hechos que pueden ser representativos de la actividad del investigador y de las fuerzas intelectuales y culturales que se desataron.

El mismo día de su llegada a Montería, el 6 de marzo de 1972, le presentaron a los presidentes departamental y municipal de la Asociación de Usuarios Campesinos: Antonio Padilla y Lucas Ramírez, respectivamente. Para el día siguiente, marzo 7, se tenía preparada la toma de la hacienda La Antioqueña, de 7.500 hectáreas, propiedad del paisa José María Chepe Posada. que, como ocurre en la gran mayoría de las haciendas de Córdoba, es un territorio que fue progresivamente ocupado por los antioqueños desde el siglo XIX. Ese mismo día se haría también una entrada al latifundio de 18.000 hectáreas, propiedad de Martín El Gallino Vargas. Escribe el autor, con base en sus notas de campo, catorce años después:

Lucas me recibe en actitud triunfalista y me reta: ¿Se mete a la tierra con los campesinos o no? Me meto, contesto. Y me alisto para salir a La Antioqueña con el resto del comité directivo municipal: Benjamín Lancheros (Ex MRL^{34*},

34 * Movimiento Revolucionario Liberal

Ex PC³⁵”, del Sindicato de Trabajadores del Alto San Jorge en Montelíbano, ahora vendedor ambulante de abalorios), Austreberto Humanes (Jornalero), Alfonso Salgado (Ex Rosacruzista de Canalete donde los socialistas de Adamo hicieron aquella colonia-baluarte) y Clovis Flórez Petro, el fiscal. [A Clovis, un buen “todero”, habían encargado secretamente para que me vigilara, en caso de que resultara espía o agente] (1986, p. 171A).

La toma prospera a pesar de las incursiones de la policía y el 8 de marzo los campesinos se toman la *mayoría* o casa principal de la hacienda. Posada, el dueño, entabla negociaciones y el primero de agosto entrega 825 hectáreas al Incora. Es, desde luego, un éxito para los campesinos, pero la hacienda seguía siendo un latifundio considerable. Se realiza una gran asamblea en el lugar de la toma, convocada por la Asociación de Usuarios Municipales de Montería y el acontecimiento se marca para la historia de las luchas campesinas proclamando allí el primer Baluarte de Autogestión Campesina Vicente Adamo, en honor al dirigente anarquista, inmigrante italiano, quien había organizado en 1921 los Baluartes Rojos de Callejas, Canalete y Lomagrande (1986, p. 146A). Entre tanto, el 17 de abril, cinco semanas después de haber llegado el investigador, los cuadros del PCML³⁶” promovieron una discusión sobre los *éxitos económicos* de la toma de La Antioqueña, vistos por ellos como un “peligro contrarrevolucionario porque así se aburguesa el campesinado y no se tiene claridad política” (1986, p. 175A). Los dirigentes campesinos respondieron que en sus circunstancias la economía también era práctica política. No había un camino abierto para la investigación militante. Se imponía crear, innovar. Y fue lo que ocurrió, de un modo que todavía hoy resulta sorprendente.

PREFACIO

Un grupo de estudio-acción que se había constituido en Montería logra descubrir y convocar para el trabajo de investigación militante a talentosos artistas populares como el dibujante callejero Uliánov Chalarka³⁷ y el acordeonista Máximo Jiménez. La Fundación del Caribe, con personería jurídica y todas las formalidades, fue el nombre que se dio dicho grupo de estudio-acción, en cuya constitución fue definitiva la intervención del investigador de La Rosca. Ernesto Parra trae un testimonio de alguien que fue un miembro del grupo de estudio-acción:

Aquí en Colombia Fals siempre ha tenido buena imagen como sociólogo. Nosotros como estudiantes estábamos interesados en escuchar sus planteamientos y aportes a la sociología. Dicta conferencias, hacemos una reunión privada con ellos, se presentan unos campesinos de Sucre. Nos habla de la necesidad de investigación, del conocimiento de la realidad nacional, el papel del intelectual en el proceso. De cómo había que cambiar la imagen que los historiadores oficiales tenían del desarrollo nacional, etc. Esto nos anima a estudiar un poco más y sobre todo a conocer más de cerca el movimiento campesino, ya que los informes que nos daban esos campesinos que estuvieron presentes eran muy esperanzadores (1983, p. 94).

35 ** Partido Comunista (línea Moscú)

36 *** Partido Comunista Marxista Leninista (línea China)

37 Ernesto Parra registró el nombre de Iván Chalarka (1983, p. 139), pero nosotros preferimos el de Uliánov y el apellido con K, como lo registró Orlando Fals Borda (1986, p. 181B). Con su boina y bigote fino, el parecido de Uliánov con el Che Guevara es impresionante.

Ya desde mayo (1972), con la colaboración de Víctor Negrete, Franklin Sibaja y un grupo de teatro popular, habían descubierto que Juana Julia Guzmán, la compañera de las luchas agrarias y sindicales de Vicente Adamo en 1921 estaba viva y la invitaron a participar, a lo cual ella respondió con renovado entusiasmo, como lo había hecho cincuenta años atrás. Juana Julia era un libro abierto; en ella se podía leer la historia social regional de los primeros cincuenta años del siglo XX. Pero la acción apremiaba y ella retornó a lo suyo:

A Juana Julia la descubren y ella se redescubre. Entonces la viejita echaba unos discursos que le erizaban a uno el pelo. ¡Una viejita de ochenta años exhortando a la lucha! Por eso bautizaron con su nombre uno de los baluartes en honor a ella (1983, p. 139).

Son palabras del investigador de La Rosca en entrevista concedida a Ernesto Parra en enero de 1980. La investigación militante crece en intensidad. El 12 de septiembre, con el trazo fino y sintético de Ulianov Chalarka, aparece

Lomagrande: el baluarte del Sinú, primer folleto ilustrado que se produce sobre la historia de la Costa, preparado especialmente para campesinos analfabetas y siguiendo el método de la participación-inscripción (investigación militante) que la Fundación La Rosca viene propagando desde nuestra reunión del Patía (diciembre de 1971). (1986, p. 180A).

El folleto cuenta la historia del Baluarte Rojo de Lomagrande organizado por Vicente Adamo en 1918 y que el 7 de septiembre de 1921, a raíz de un enfrentamiento colectivo de los campesinos con la policía, fue destruido violentamente, quedando cuatro campesinos y el teniente de la policía muertos en el campo, y presos Adamo y Juana Julia Guzmán (1986, p.151B). Sin embargo, años después, en 1925-1926, el baluarte fue reorganizado. Esta reconstrucción histórica en forma gráfica, para campesinos analfabetos, tuvo gran difusión y se convirtió en un instrumento de reflexión y de motivación para continuar y avanzar en la lucha social.

El primero de diciembre del mismo año de 1972 el investigador y su esposa María Cristina, quien acababa de incorporarse al trabajo de investigación, participaron en una reunión convocada por el Sindicato de Agricultores de Palermo que se llevó a cabo en Tinajones, en las bocas del río Sinú, con el objeto de discutir un proyecto de texto sobre las luchas de los campesinos de esta zona contra los terratenientes de San Bernardo del Viento y de Lorica, en particular José Santos Cabrera, quien en varias ocasiones les invadió las tierras que ellos le iban ganando al río y los sometió a pagar terraje. Esa misma noche el texto quedó listo para la edición, que se hizo en imprenta y en folleto ilustrado por Chalarka (1986, p. 182A).

El folleto narra un hecho de especial significación. Ante el enfrentamiento de los campesinos con el mismo terrateniente por el predio de Río Ciego (en las bocas del Sinú) en 1962, el padre Camilo Torres Restrepo, quien había sido nombrado miembro del Comité Técnico de la Reforma Agraria el 18 de enero de ese año, fue nombrado comisionado

del Incora para que emitiera un concepto sobre la situación de conflicto. El informe de Camilo favorece a los campesinos, por ser ocupantes de un predio que es de la nación y, por tanto, no están obligados a pagarle terraje a Cabrera, quien no es legítimo propietario. El Incora termina comprándole el predio al terrateniente para entregárselo a los campesinos.

Orlando Fals Borda registra, en *Retorno a la tierra* (1986, p. 183A), que el 12 de febrero de 1973 con motivo de la instalación en Martinica del Baluarte de Autogestión Manuel Hernández El Boche, se repartió profusamente el folleto ilustrado *El Boche*, en el cual se recupera la historia de este campesino valiente y luchador, quien hasta entonces era considerado simplemente como el bandido que dio muerte a machete en la casa de la hacienda Misiguay (vecina de Martinica), el 5 de octubre de 1908, a Alejandro Lacharme, hijo de Alberto Lacharme, uno de los fundadores de la Compañía Francesa del Río Sinú en la segunda mitad del siglo XIX. Lacharme había restablecido en sus dominios la *matrícula*, el sistema que continuó atando los negros al amo esclavista, así como también los maltratos y el endeudamiento fraudulento para los trabajadores. Hernández era negro y durante ocho meses estuvo organizando la resistencia a la matrícula hasta el fatídico día en que el patrón le disparó; falló el tiro y Hernández lo mató a machete (1986, 120A, 121A). Los franceses lo apodaron *El Boche* para perpetuar en el negro vengador el odio inmemorial que han tenido por los rubios vecinos alemanes (los Boches). Para la historia, en adelante, *El Boche* dejó de ser un bandido.

Otros dos grupos de estudio-acción se activaron en ese intenso año de 1972: el Nieto Arteta de Barranquilla, dirigido por el profesor Alejandro Zabaleta, y el Felicita Campos, de San Onofre (Sucre), dirigido por el investigador Néstor Herrera y el campesino Florentino Montero (1986, p. 181A). En la década de los veinte la negra Felicita Campos encabezó la resistencia contra el terrateniente Rafael Prieto en la zona de Pantano y Aguas Negras. Por lo menos treinta veces fue a parar a la cárcel; en 1929 viajó a Bogotá “para protestar personalmente ante el Presidente Miguel Abadía Méndez” (1986, p. 159A).

Ernesto Parra trae un testimonio de alguien que fue miembro de este grupo de estudio-acción:

Lo cierto fue que en nosotros hubo un consenso que lo que él (el investigador de La Rosca) estaba haciendo era bueno. Se estaban conociendo cosas que ninguno había planteado acá. Los folletos sirvieron para educar al campo. Ese folleto de Felicita Campos fue un marco de referencia para la educación de los campesinos en la región de San Onofre, María La Baja, Palenque. Esa gente fue esclava y en ellas todavía pervive esa mentalidad de individuo alienado, marginado, sometido al amo, al terrateniente. El proceso que se describe en Felicita Campos coadyuvó, a través de la educación, a que algunos campesinos se organizaran, que vieran su ascendencia. Cómo habían sido traídos ellos acá. Cómo habían sido sometidos y el papel que podían jugar en el desarrollo histórico (1983, p. 147).

Los relatos de los folletos sirvieron de base para que los grupos de teatro montaran obras con la participación de los mismos campesinos en

calidad de actores. Si a esto se agrega la creación musical, con el verso picante y audaz, no cabe duda en afirmar que en el curso de la movilización campesina se desataron fuerzas culturales auténticas que operaron como potenciadoras del movimiento social.

Orlando Fals Borda denominó *investigación militante*, en 1973, a todas estas innovaciones de conocimiento-acción que se dieron con la inserción de los investigadores en el movimiento campesino. Tal vez quería poner de relieve lo que debería ser el **quehacer** de los militantes de las organizaciones políticas. Pero él no era un organizador político y le cobraron caro, especialmente los del ML, su atrevimiento.

A partir de la experiencia el autor conceptualiza cuatro procedimientos que constituyen el derrotero (camino o método, diríamos nosotros) que le permite al investigador-militante “actuar en el terreno y armonizar con los fines de los grupos con los cuales se identifica políticamente” (1987, p. 92).

1. **Análisis de clase.** Además de lo que sería evidente para un sociólogo (observar en la región cómo están vinculados los grupos sociales a los procesos de producción), el investigador militante debe advertir “la manera como la tradición y los factores de índole etnocultural y demográfica inciden en la concepción de clase y afectan el trabajo político” (ibíd.). Aunque muy abstracta la formulación, años más tarde, en la *Historia doble de la costa*, el autor va a dar una demostración concluyente de la realidad y la importancia de estos fenómenos, para lo cual vuelve a un concepto clave de su primera investigación y construye el concepto de *ethos costeño*. Tal vez lo que inicialmente estuvo presente con más vigor fue su idea de la dialéctica entre tradición y subversión en la transición de un orden social a otro.
2. **Generación del conocimiento.** Básicamente se trata de abordar los temas que sean del interés de los grupos [de referencia, agregaríamos nosotros] y “de acuerdo con el nivel de conciencia política y capacidad de acción que allí se encuentra” (ibíd.). Ya quedó visto en los casos a los cuales se hizo referencia que no era lo mismo hacer la investigación militante en San Onofre que en Tinajones. El autor señala que así van apareciendo investigadores locales y se *va generando el conocimiento entre los grupos*.
3. **Recuperación crítica.** Tal vez este sea el procedimiento más difundido de la investigación militante y que se va a constituir en una de las columnas vertebrales del método de la IAP, al agregarle *de la historia*, puesto que se trata, precisamente, de restituir para las luchas del presente los acontecimientos, las imágenes de los protagonistas e incluso los actores mismos (caso de Juana Julia Guzmán). Y es una recuperación crítica porque se trata de reinterpretar el pasado, restituyendo la memoria de los protagonistas: casos de *El Boche*, considerado un bandido, y Vicente Adamo, olvidado por haber sido un anarquista. Pero el autor no se refiere específicamente a estos casos sino a las formas institucionales y organizativas de la luchas del pasado: los resguardos, los palenques, los baluartes de autogestión.

4. **Devolución sistemática.** Esta es otra de las columnas vertebrales del que se denominará método de la IAP y el de más difícil concreción. El autor cita el *pensamiento*³⁸ de Mao Tse-Tung: *de las masas a las masas*, tal vez para señalar la circularidad o retorno al origen del conocimiento. El autor se limita a afirmar que el investigador militante “no trabaja entonces para publicar nada (esto puede ser inconveniente fácticamente), ni para ganarse un título académico, aunque el conocimiento adquirido sea válido para esos fines rutinarios de la sociedad burguesa” (1987, p. 93).

Es evidente que el autor advierte los riesgos de la represión y la importancia que toma la semiclandestinidad para protegerse.

PREFACIO

La síntesis IAP

Ya sabemos que La Rosca había decidido tomar el marxismo como teoría para investigar las clases sociales y el conflicto social (Parra, 1983, p. 54). En el texto sobre la investigación militante, que se acaba de examinar, el investigador concluyó que “lo que está emergiendo de este esfuerzo es un análisis cultural del conflicto de clases y una verdadera historia y sociología de la lucha popular y sus héroes en América Latina” (1987, p. 94). Pero bien lejos se estaba de alcanzar tales propósitos. El autor se aplicó diligentemente a ello, a lidiar con las categorías marxistas en el análisis de la realidad nacional, regional y local. Este tema merece ser tratado específicamente y se hará en el siguiente punto. Aquí nos parece pertinente explorar algunos textos del autor que aparecen con un perfil que se podría caracterizar como metodológico, que irremediablemente son repetitivos y que podrían colocarse en una línea de desarrollo que parte de la siguiente afirmación: “Es tiempo de pasar así a la síntesis estudio-acción” (1987, p. 99)³⁹.

Pero la síntesis no era la mera solución a un par de oposiciones, sino la dura concreción de una complejidad de contradicciones de la más diversa índole. Estaban por un lado los problemas epistemológicos relativos al origen (popular) de los conocimientos, de su validación por las luchas sociales y de la verdad por la finalidad, o mejor, por la tésis que guía esas luchas. Y estaban también los problemas del modelo de científicidad positiva que le asigna un lugar a la teoría, a los procedimientos técnicos de aproximación a la realidad y la aplicabilidad de los conocimientos, todo lo cual estaba objetivamente institucionalizado y separado. Y estaban, por último, las organizaciones políticas marxistas y sus cuadros dedicados a la transformación revolucionaria del orden social.

En la medida en que las experiencias de la investigación militante desbordaron las fronteras nacionales y algunos de sus procedimientos

38 En esos años de Revolución Cultural, se vivía una especie de apoteosis maoísta y se difundía la doctrina de Mao Tse-Tung en un libro rojo en forma casi criptográfica.

39 La frase forma parte de un breve comentario final en el seminario *Clases Sociales y Crisis Política en América Latina* realizado en Oaxaca entre el 18 y el 23 de junio de 1973, bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

(recuperación crítica, devolución sistemática) se retomaron con entusiasmo en otras latitudes (África, Australia, India), que el movimiento campesino había entrado en una etapa de reflujo y que la mayor parte de las organizaciones políticas marxistas habían entrado en procesos de disolución, Orlando Fals Borda concibió la idea de realizar un Simposio Internacional en Cartagena para discutir, con la participación de destacados intelectuales-investigadores (la mayor parte de formación o inspiración marxista) el estado del arte sobre *investigación activa y análisis científico*, en abril de 1977.

No se puede afirmar que del simposio salió la búsqueda síntesis, pero sí se legitimó la investigación-acción a escala mundial como un modelo de trabajo científico en el cual participan como productores de conocimiento los mismos grupos investigados, modelo que se había generado por fuera de las instituciones académicas y científicas. La ponencia que el autor presentó al Simposio con el título *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, contiene fundamentalmente reflexiones filosóficas sobre los problemas epistemológicos ya enunciados. Sin embargo, hay una inusitada apertura hacia los partidos y su lugar en relación con el trabajo de investigación-acción.

En la investigación-acción es fundamental conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura del pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos, por una parte; y reconocer el papel de los partidos y otros organismos políticos o gremiales, como contralores y receptores del trabajo investigativo y como protagonistas históricos, por otra (1978, p. 227).

¿Qué había ocurrido? ¿Acaso había entrado a militar en un partido leninista e iniciaba un proceso de autocrítica? Afortunadamente no. Simplemente estaba leyendo a Antonio Gramsci, quien llegó a afirmar que *todos los hombres son filósofos*. Era una manera un poco diferente de restituir la importancia del saber popular, sin disolver el papel del intelectual al que tendían irremediablemente las interpretaciones antiintelectualistas de la ciencia popular. Manteniendo la tesis de la *teoría crítica* (el marxismo) no dogmática y tendiendo un puente hacia la organización partidista, el autor se proponía legitimar la investigación-acción como el método más apropiado de investigación para los militantes del partido revolucionario. Es lo que se revela en el Post Scriptum (que se incluye en esta edición) a la primera edición (en 1978) de su ponencia al Simposio. Esperaba que la época de los intelectuales comprometidos, pero sin partido, y de los partidos marxistas sectarios, hubiera terminado.

Ahora bien, ¿en qué momento el autor llegó a la *fórmula trinitaria* IAP? Todo parece indicar que la ponencia *La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación-acción*, presentada al Tercer Congreso Nacional de Sociología realizado entre el 20 y el 22 de agosto de 1980 (se incluye en esta edición), la cual fue traducida a varios idiomas, ampliamente divulgada, dio lugar a que apareciera la fórmula IAP. No sabemos con exactitud si salió de la cabeza del autor o provino de fuera. Orlando Fals Borda, en el Segundo Coloquio Nacional de Sociología realizado por la

Universidad del Valle en octubre de 1985, refiriéndose a los antecedentes históricos de la IAP, afirmó en una conferencia que luego se publicó en las *Memorias del Coloquio* con el título La Investigación-Acción Participativa: política y epistemología (se incluye en esta edición):

Esta experiencia colombiana de los años setenta no fue una experiencia aislada, ni tampoco fue un invento absoluto propio. Es de la naturaleza de este proceso de búsqueda de conocimiento, que sea colectivo desde su nacimiento, y que ninguno de los que participamos en este proceso de búsqueda podamos considerarnos padre de nada (2009, p. 260).

Aunque el padre no haya querido ser reconocido como tal, el texto de 1980, que por la forma y contenido está claramente dirigido a los intelectuales que se ocupan de investigar la realidad social y que en gran parte se encuentran instalados en nichos académicos, contiene lo fundamental de la conceptualización de la experiencia de investigación-acción de la década de los setenta y da una fundamentación más sobria y erudita al valor del *saber popular*. Recurriendo no solamente a Gramsci, sino también a los aportes científicos de Claude Lévi-Strauss, el autor demuestra estar llegando por un camino mejor cimentado al ideal de esa *ciencia propia* que había enarbolado como bandera de combate a comienzos de 1970. Ya no queda duda de que la IAP es el método de investigación de la *interdiscipliniedad de las ciencias* (incluidas las naturales) en una perspectiva que incorpora el saber popular para el logro de un conocimiento transformador de la realidad social. Los dos últimos textos que escribió Orlando Fals Borda con motivo de los premios Malinowski y Diskin (que incluimos en esta edición), que le fueron otorgados en 2007, tratan precisamente de la construcción de la IAP en la convergencia interdisciplinaria de intelectuales motivados por la construcción de una nueva ciencia al servicio de los pueblos.

PREFACIO

Con el peso de las categorías a cuestas

Una lectura detenida de los textos que el autor produjo a partir del trabajo de investigación militante que inició en marzo de 1972 permite apreciar tres cuestiones relevantes: 1) la enorme riqueza de la información que puede registrar *in situ* y la proyección retrospectiva de esa información mediante la investigación de archivo, algo que ya se ha señalado como característico de la sociología empírica-histórica que inició en Saucio; 2) un notable esfuerzo por ordenar y poner en significación toda esa información en función de las categorías que Marx creó para sus análisis y que el marxismo ha procurado sistematizar como materialismo histórico o ciencia histórico-social (materialista); 3) una disposición a controvertir dogmas del marxismo ortodoxo, como la sucesión lineal de los *modos de producción*, el determinismo económico y el origen y desarrollo del capitalismo en el campo.

Si se tiene en cuenta que a comienzos de la década de los setenta estaba en pleno furor el estudio exegético de la obra de Marx, que hubo una proliferación de casas editoriales y de revistas que divulgaban la

literatura marxista⁴⁰, básicamente las polémicas de interpretación, que incluso se elaboraron y difundieron masivamente nuevos manuales como el de Martha Harnecker (los *Conceptos fundamentales del materialismo histórico*), resulta sorprendente que Orlando Fals Borda, en lugar de estar haciendo parte de un grupo de estudio de *El Capital* y elaborando ensayos teóricos polémicos, hubiese estado en Córdoba haciendo investigación militante con los campesinos para luego elaborar análisis (con las categorías marxistas) destinados a la calificación de militantes revolucionarios.

Antes de la publicación en 1979 del primer tomo de la *Historia doble de la costa* (Mompox y Loba), el autor publicó varios textos cortos (dos de los cuales se incluyen en esta edición) y un libro, la *Historia de la cuestión agraria en Colombia*⁴¹ que son, podríamos decir, ejercicios de análisis orientados a la formación de cuadros de la investigación militante con nivel universitario, que corresponde al nivel 3 de devolución del conocimiento (el nivel 1 eran los folletos ilustrados y el nivel 2 los folletos escritos). El libro utiliza los conceptos formas de producción, fuerzas productivas, relaciones de producción, descomposición del campesinado y desarrollo desigual, de manera clara y precisa. Ernesto Parra trae el testimonio de alguien que fue miembro de un grupo de estudio-acción:

A mí me han expresado dirigentes campesinos muy serios: 'el compa éste de que te hablaba (el investigador de La Rosca), este hombre ha sido el único intelectual que ha escrito una cuestión agraria en términos que se pueden entender por nosotros. Lo que han planteado otros autores es una vaina que se leen dos páginas y da flojera seguir leyendo' (1983, p. 148).

Este libro tiene la particularidad de localizar en el mapa del territorio nacional dónde se sitúan simultáneamente los resguardos, las encomiendas, los palenques, las grandes haciendas señoriales y esclavistas, las haciendas capitalistas y los desarrollos de la infraestructura vial, de manera que la formación del campesinado, la proletarización y las luchas agrarias no quedan como meras abstracciones en un universo de categorías, sino como concreciones en tiempo y espacio.

Un texto más corto⁴², un folleto ilustrado con mapas y fotografías, presenta cómo se formaron las grandes haciendas y se fueron transformando según las circunstancias y procedimientos, cómo los terratenientes se fueron apropiando del trabajo de indios, negros, mestizos y blancos pobres en el área geográfica que correspondió a la antigua provincia de Cartagena, hasta la configuración de algunas grandes empresas agropecuarias capitalistas

40 Gómez G., Juan Guillermo, *Cultura intelectual de resistencia* (Contribución a la historia del libro de izquierda en Medellín en los años setenta), Medellín. Ediciones Desde Abajo, 2005.

41 Este libro contiene mapas, ilustraciones y títulos temáticos al margen derecho para facilitarle al lector la asimilación conceptual. Fue editado por La Rosca en 1975. No se conocen nuevas ediciones.

42 Publicado con el título *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa atlántica* por Punta de Lanza en 1976. El autor advierte que es el texto ajustado, a partir de algunas críticas, del trabajo realizado por los grupos de estudio-acción y que se publica para estimular a muchos otros a seguir investigando y *para hacer estudios comparados en otras regiones del país que sigan derroteros semejantes con la metodología esbozada* (p. 7).

y la instalación de enclaves extranjeros. Se hace énfasis en el carácter *dependiente* de este capitalismo.

Otro texto de 1977, el año del Simposio en Cartagena, es muy importante puesto que prefigura lo que va a tener de novedoso la *Historia doble de la costa*. Se trata de *Influencia del vecindario pobre colonial en las relaciones de producción de la costa atlántica colombiana*, incluido en esta edición. Aquí es muy importante constatar que el análisis de la vasta información empírica histórica no se puede hacer directamente con las muy pesadas categorías del materialismo histórico y que el investigador debe recurrir a conceptos operacionales. Precisamente el *vecindario* es un concepto clave que el investigador ya había utilizado en su estudio de Saucó. La formación del vecindario pobre estuvo íntimamente ligada a una modalidad peculiar del establecimiento y funcionamiento de la encomienda en la costa atlántica. Se trató del sistema de la *mayordomía*, mediante el cual el encomendero administraba la encomienda. No es entonces el encomendero el que se convierte en hacendado, sino que se abre el espectro de posibilidades a los inmigrantes blancos, en lo cual el mayordomo de indios representa un papel estratégico por estar situado en una posición que le permite controlar y manejar el trabajo indígena. Todo esto comenzó en el siglo XVI, de manera que al ir configurándose los asentamientos de vecinos libres, en gran parte con el apoyo de mayordomos, comenzaron a prosperar la agricultura y la ganadería independiente con fines comerciales y de acumulación. De este modo, el vecindario pobre “incidió fuertemente en la formación de las clases campesinas en la región, puesto que no se redujo a la simple lucha por la supervivencia, el autoconsumo y la explotación humana” (2009, p. 165).

Y el autor concluye:

En otras palabras, parece que el sistema capitalista ha tenido y sigue teniendo la capacidad de perpetuar y generar formas no capitalistas de producción a través de las cuales derive buena parte de las sobreganancias en el sector agrícola [cf. Los recientes trabajos de Pierre-Philippe Rey y Roger Bartra]. (2009, p. 165).

En este trabajo, como en el libro sobre la *Cuestión agraria*, el autor hace uso de la categoría *formación social colonial*, básicamente para dar la cobertura de un periodo histórico, sin *afectar* el análisis.

Y el último texto analítico, previo a la publicación de la *Historia doble*, es un estudio de caso que publicó en 1978 con el título *El secreto de la acumulación originaria de capital: una aproximación empírica* (se incluye en esta edición), que se coloca en la misma línea de interpretación del anterior, solo que presenta la novedad metodológica (siguiendo a Marx) de partir de la situación del presente (la forma desarrollada) hacia el pasado histórico, para encontrar el sentido de los *orígenes*. Se trata del inmenso latifundio que los franceses Lafranche (los de *El Boche*) establecieron en el valle del Sinú (la Compagnie Française du Rio Sinu) y que la familia Ospina Vásquez de Medellín, propietaria de tres haciendas: Marta Magdalena, Cañaflera y Mataguineo, con una extensión de aproximadamente 25.000